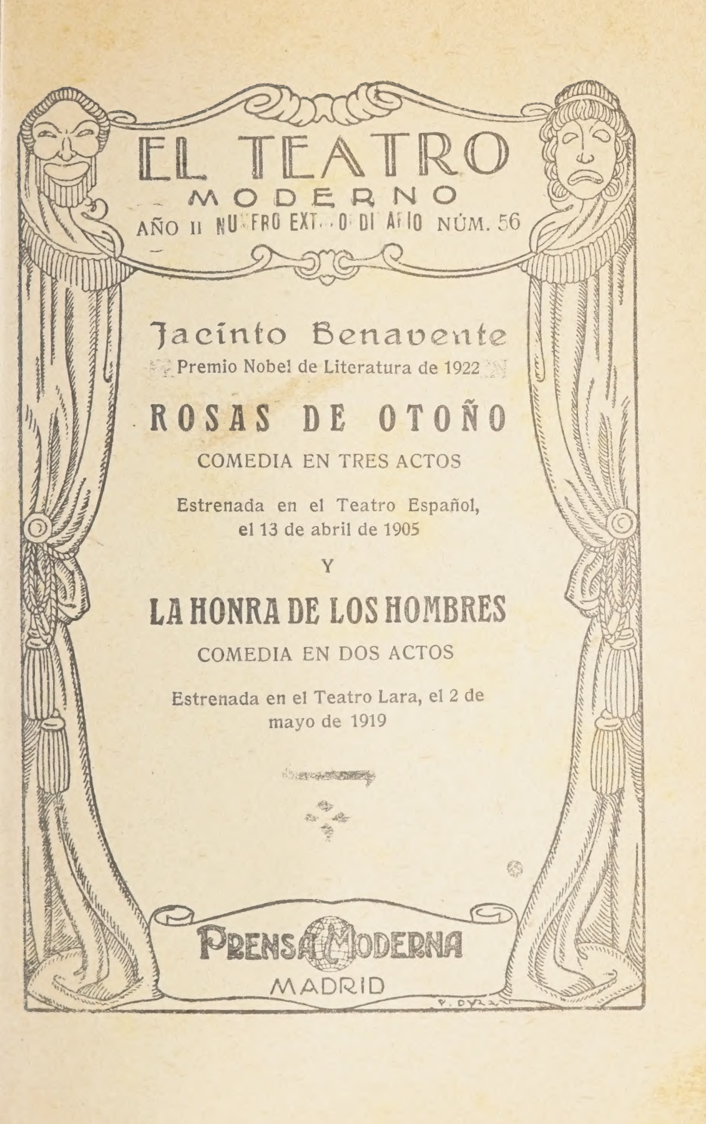
EL TEATRO
MODERNO



ROSAS DE OTOÑO
LA HONRA DE LOS HOMBRES

NUMERO EXTRAORDINARIO



EL TEATRO
MODERNO
AÑO II NU[illegible]FRO EXT[illegible]O DI AÑO NÚM. 56

Jacinto Benavente
Premio Nobel de Literatura de 1922

ROSAS DE OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Español, el 13 de abril de 1905

Y

LA HONRA DE LOS HOMBRES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, el 2 de mayo de 1919

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel...	*Sra. Guerrero.*
María Antonia...	*Srta. Suárez.*
Carmen...	*Sra. Guillén.*
Laura...	*Srta. Cancio.*
Josefina...	*" Torres.*
Luisa...	*" Asquerino.*
Gonzalo...	*Sr. Díaz de Mendoza (F.).*
Pepe...	*" Díaz de Mendoza (M.).*
Ramón...	*" Cirera.*
Manuel...	*" Medrano.*
Adolfo...	*" Santiago.*
Un Criado...	*" Cayuela.*

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA I

Gonzalo, un *Criado* y después *Isabel.*

GONZALO.—*(Al Criado.)* A las siete lleva usted la ropa al Casino, y si ha venido alguna carta...

ISABEL.—¿Vas a salir? ¿Volverás pronto?

GONZALO.—¿Por qué?

ISABEL.—¡Qué memoria! ¿No recuerdas que hoy comen aquí María Antonia, Pepe y amigos?...

GONZALO.—Es verdad. No me acordaba.

ISABEL.—¿Pensabas comer fuera de casa?

GONZALO.—Sí, en el Casino, con Aguirre y con un socio suyo, para tratar de esos negocios de Bilbao. Pondré dos letras. *(Al Criado.)* Espere usted. *(Se sienta a escribir.)*

ISABEL.—¿Te contraría?

GONZALO.—No. Siento no haberme acordado antes... Y que hoy no estoy de humor para recibir gente...

ISABEL.—Casi toda es de confianza.

GONZALO.—¿Quién viene?

ISABEL.—Además de María Antonia y Pepe, Laura, Ramón y Carmen con la chica; Manolo Arenales, y, de más cumplido, los recién casados, el hijo de tu corresponsal y su mujer. En su obsequio es la comida. ¡Pero qué memoria la tuya!

GONZALO.—¡Ah, sí..., el matrimonio joven!... ¡Cuánto lo siento!

ISABEL.—Pues disimula el mal humor, porque los primeros días te desviviste por obsequiarlos, y extrañarán el cambio tan brusco. A mí no me son nada simpáticos; él parece tonto, y ella... ¡Qué sé yo! Muy atrevida...; por hacernos ver que domina el castellano, se expresa en unos términos...

GONZALO.—¿Puedes callarte? Me has equivocado dos veces.
ISABEL.—¡Ay! Perdona. ¿Por qué no lo has dicho antes?
GONZALO.—*(Al Criado.)* Esta carta, al Casino. Y no lleve usted la ropa; prepáremela usted en mi cuarto *(Sale el Criado.)* ¿Y a qué hora es la comida?
ISABEL.—Para las siete y media, media hora antes que de costumbre; también en obsequio a los de París; como allí se come más temprano... Arenales se descolgará a las nueve, y la francesa tendrá motivo para decir que aquí estamos muy mal educados.
GONZALO.—¿Quién es la francesa?
ISABEL.—La mujer de ese muchacho. ¡Qué pregunta!
GONZALO.—Como no es francesa... Eso sí que es de mala educación, poner motes a la gente. Si sabes que es española...; porque haya vivido siempre en París... Es una muchacha muy agradable y muy inteligente.
ISABEL.—Perdona, perdona si te he molestado.
GONZALO.—No digas tonterías. ¡Siempre lo mismo!
ISABEL.—¡Siempre lo mismo! ¡Pobre de mí!
GONZALO.—Ahora hazte la víctima. Eres insoportable.
ISABEL.—¡Gonzalo! Está visto que no puedo hablar. No puedo callar tampoco.
GONZALO.—Prefiero que hables, que hables siempre, y nunca con medias palabras ni con reticencias. ¿Si sabré yo por qué te molesta esa muchacha? Porque ya creíste también que me gusta; crees que me gustan todas las mujeres.
ISABEL.—Todas, no.
GONZALO.—Tendré que ser un grosero para que vivas tranquila; no podremos recibir más que a Laura...; es la única que te inspira confianza.
ISABEL.—Sí, Laura; de ésa no te enamoras, es sólo ella la que está enamorada de ti.
GONZALO.—Una leyenda...
ISABEL.—Que yo prefiero a muchas historias.
GONZALO.—¡Muchas historias! Don Juan Tenorio. ¡Si conmigo no hay mujer segura! No adviertes que te pones y me pones en ridículo con tus celos; debes pen-

sar que ya no somos niños. Yo no lo era ya cuando nos casamos; viudo desde muy joven, con una hija ya mujer; de modo que no pudiste creer que buscaba en ti, como otros viudos con hijos, una institutriz de confianza. Si hubiera tenido ese corazón tan volandero y tan fácil que tú me otorgas, no hubiera vuelto a casarme. ¿Quién me obligaba?

ISABEL.—Es que nunca reparaste en nada para conseguir lo que te propones.

GONZALO.—¿Y qué?

ISABEL.—Conmigo no había otro medio.

GONZALO.—Pero a ti te quedaba otro si creías eso: mandarme a paseo,

ISABEL.—Creí que me querías.

GONZALO.—¡Que te quería! No te quiero, ¿verdad?

ISABEL.—Sí me quieres; ¡es tan fácil quererme!...

GONZALO.—¡Qué bonito y qué simpático es el papel de víctima!

ISABEL.—No lo sé; sé que es muy triste, y más triste procurar con todas mis fuerzas no parecerlo. Tienes una disculpa, la única. Haces el daño sin saber que lo haces.

GONZALO.—Sí, acabaré por creerlo. Soy un monstruo, un tirano. El genio del mal. Éste pobre y pacífico burgués, sólo preocupado de sus negocios, de su casa, de su mujer, de mi hija, mis únicos cariños.

ISABEL.—De mí, no digo; sé a qué atenerme. ¿De tu hija? Nuestra; porque sabes que no la querría más si fuera también mía... ¿A que juzgas como de mí, que debiendo ser muy dichosa se aficiona demasiado al papel de víctima?

GONZALO.—¿María Antonia? ¡Estaría gracioso! Se habrá contagiado... No, si tú eres capaz...

ISABEL.—No, Gonzalo; no soy yo, no es ella; sois vosotros, los hombres, que sois como Dios os ha hecho, o el mundo en que vivimos, o..., ¡qué sé yo!, la ley que habéis hecho vosotros, tan tolerante para vuestras faltas como severa para las nuestras.

GONZALO.—Vamos a elevar la discusión a principios filosóficos y sociales... ¡Ea!, voy a vestirme. No quiero ponerme de peor humor.

ISABEL.—Está bien. ¿No quieres saber nada de tu hija?

GONZALO.—Pero ¿qué voy a saber? Que está quejosa de su marido, como tú lo estás siempre de mí, y con el mismo fundamento... ¡Pobre Pepe!

ISABEL.—Conste que María Antonia tiene razón, y conste que sabiéndolo yo, te lo digo a ti sólo; a ella, aunque tú creas lo contrario, le digo lo mismo que tú dices: que no tiene importancia; que Pepe no es mejor ni peor que otros maridos; que no debe estar triste ni considerarse desgraciada...

GONZALO.—¿Tú le dices eso a María Antonia? Me cuesta trabajo creerlo.

ISABEL.—Sí, se lo digo y procuro convencerla; porque María Antonia no es como yo; es muy exaltada, no se resigna; además, no quiere a su marido como yo te quiero; se casó sin reflexionar, enamorada de otro hombre...

GONZALO.—Con quien pudo casarse, nadie se oponía a ello. ¿Por qué rompió de pronto sus relaciones con Enrique? Yo no me lo he explicado todavía. Su madre y tú anduvisteis de cabildeos; María Antonia, de la noche a la mañana, dijo que ya no le quería; el muchacho se fué de Madrid... ¡Cualquiera entiende a las mujeres!

ISABEL.—Te lo dije; la única disculpa que tienes es la inconsciencia. ¿Para ti no había obstáculo alguno que se opusiera a la boda de tu hija con el hijo de Carmen?

GONZALO.—¡Ya!... Como tú supones que yo tuve relaciones con Carmen... Te lo dije todo...; fué antes de casarnos, antes de enviudar.

ISABEL.—Es un consuelo. Sí, lo sé todo. ¡Carmen es mi mejor amiga! Ha llorado mucho su falta, y su confesión ha sido más general y más sincera que la tuya. Por eso mismo, porque su conciencia no estaba tranquila, me lo confesó todo, rogándome, por lo más sagrado, que hiciera lo posible por que María Antonia olvidara a Enrique; como ella, por su parte, haría todo lo posible para convencer a su hijo.

GONZALO.—¿Es que ella cree...?

ISABEL.—Bastaba con dudarlo. Ya ves cómo, contra vuestras leyes y vuestro criterio, la falta del hombre

y la de la mujer tienen las mismas consecuencias. En vuestras aventuras de amor, los hombres tenéis derecho a dudar cuáles son vuestros hijos; la mujer debe temer que puedan ser esposos los que pudieran ser hermanos... ¿Comprendes, comprendes cómo tu hija puede ser desgraciada por tu culpa? ¿Cómo también vuestros pecadillos, vuestras ligerezas, tienen importancia? Y perdona que te haya dicho todo esto, que me había propuesto callar siempre...; pero es que temo por tu hija...; es que no quisiera, y sin poderlo remediar, de tarde en tarde, dejo hablar a mi corazón porque temo; sí, temo que interpretes mi resignación por indiferencia, porque yo estoy segura que si tú supieras cómo destrozas mi corazón cada vez que leo en ti..., porque lo leo... (en disimular no eres muy hábil; tienes la alegría insolente) una nueva traición, una nueva aventura..., no serías capaz de martirizarme. Pero eres así; si no oyes la queja, no piensas que hiciste daño; si no me vieras llorar, no creerías nunca que mi vida es muy triste...

GONZALO.—*(Emocionado.)* ¡Isabel!... ¡Isabel!... Bien está. ¿Sabes que nos disponemos para recibir con agrado a esa gente?

ISABEL.—Tienes razón; si yo no quisiera molestarte nunca con mis quejas; pero en estos días he sufrido tanto...

GONZALO.—¿En estos días? ¿Por qué?

ISABEL.—Bien lo sabes. ¿Crees que estoy ciega? ¿Que no advierto tus preocupaciones?

GONZALO.—Mis asuntos..., los negocios... ¡Qué tonterías!

ISABEL.—No; para los negocios eres muy sereno; tus preocupaciones no cambian tu carácter por días, por momentos. Si te quiero demasiado para no adivinar en seguida tu mal humor cuando aparentas más alegría; tu alegría cuando quieres parecer más serio...

GONZALO.—¡Tu imaginación!... ¡Claro! Conocías mi vida pasada de soltero...

ISABEL.—De casado.

GONZALO.—Me casé muy joven...

ISABEL.—De viudo.

GONZALO.—Enviudé muy pronto...

ISABEL.—Tu vida de siempre.

GONZALO.—¡De siempre! Desde que me casé contigo, ¿qué puedes decir?

ISABEL.—No hablemos, Gonzalo; no hablemos de eso. Si proponiéndome no averiguar nada; si cerrando ojos y oídos a la evidencia he visto tanto y he averiguado tanto... ¿por qué me pides cargos que no puedes rechazar sin mentir? ¡Y sabes que para mí no hay nada tan odioso como la mentira!

GONZALO.—Pero ¿te he mentido alguna vez? ¿Por quién has sabido siempre cualquiera de mis tonterías?

ISABEL.—Por ti; estamos conformes; pero no por tu lealtad, por tu imprudencia.

GONZALO.—Ser imprudente es un modo de ser leal. *(Entra el Criado.)*

CRIADO.—Con permiso. En el Casino he recogido estas cartas para el señor. *(Sale.)*

GONZALO.—Circulares, anuncios... ¡Hombre! Esta es de Aguirre, excusándose, a su vez, de no comer conmigo, como habíamos acordado. ¡Me luzco si voy!

ISABEL.—Sí; te luces...

GONZALO.—¿Y ésta? ¿De quién es ésta? ¡Ah, sí!... Vaya, ¿quieres leerlas todas? Ahí las tienes. ¡Léelas, léelas!...

ISABEL.—Muchas gracias. Dije que eras imprudente, pero no tonto. Ya sé que tu correspondencia no tiene nunca nada de particular. Pero yo tampoco me tengo por tonta, y sé que para dar un aviso o una contraorden no hay que comprometerse escribiendo cartas... Para mí, todas esas misivas tienen el mismo crédito; lo mismo la del sastre que te anuncia los géneros nuevos para la presente estación, que el besalamano de la Presidencia del Consejo recomendándote la puntual asistencia a una votación...

GONZALO.—¡Qué celos más graciosos! Sí, en el fondo me encantan y me halagan; a mi edad, cuando me advierto cada día más viejo, física y espiritualmente, decir que todavía me consideras capaz de enamorar...

ISABEL.—De enamorarte, que no es lo mismo. No seas vanidoso; la vanidad te pierde, como a todos los hombres. ¡Claro!; desde muy joven, todos fueron a celebrar al

señorito mal criado: los papás, la familia, los amigos, las cotorronas amigas de la casa. ¡Qué bonita figura! ¡Qué simpático!... Y así dieron alas al caballerito... Era yo una chiquilla, y ya me mandaban salir de las visitas cuando contaban tus aventuras.

GONZALO.—Pero tú te quedabas a escucharlas detrás de la puerta.

ISABEL.—Y me causaban tal horror, que por ti llegué a odiar a todos los hombres.

GONZALO.—Menos a mí, por lo visto; porque antes de casarme te hice el amor.

ISABEL.—Y te di calabazas.

GONZALO.—Es verdad. Y que fueron tremendas. Pero no pude olvidarte, y tú tampoco debías haberme olvidado, porque no tuviste otro novio.

ISABEL.—Fuí tan tonta como todo eso.

GONZALO.—No es tan fácil olvidarme.

ISABEL.—¡Pero qué loca vanidad! ¡Ay, qué ganas tengo de verte calvo, lleno de canas, con tu respetable panza, con tus patas de gallo!... ¡Cuidado que se lo pido a Dios!; pero nada; el demonio te ha tomado por su cuenta, y el caballero con sus cuarenta y...

GONZALO.—¡Calla, calla!...

ISABEL.—Anda engañando al mundo todavía. Por supuesto, el pelo y el bigote...; ¿eh?

GONZALO.—Te juro que no; ¡frota, frota!...

ISABEL.—La perfumería ha progresado mucho. Yo daré con el secretito. Ese color natural sería un insulto.

GONZALO.—¿De veras te alegrarías de verme viejo?

ISABEL.—Me alegraría de que ya no pudieras gustar a ninguna mujer; de que se burlaran de ti cuando te atrevieras a presumir; que pudiera yo decir por fin: ¡Gracias a Dios, es mío; sólo mío!...

GONZALO.—¿Pero de quién soy? ¿Qué mujer ha podido llamarme suyo como tú, por completo, ante Dios, ante el mundo, en mi corazón?... ¡Sólo tú, mi Isabel!... *(La besa.)*

ISABEL.—¡Si no sabes cuánto te quiero; si no sabes cuánto me atormentas!

ESCENA II

Dichos, María Antonia y Pepe.

PEPE.—¡Bravo, bravo! ¡Muy bien!

GONZALO.—¡Hola, hola!

ISABEL.—¡María Antonia! ¿Cómo estás?

MARIA ANTONIA.—¡Isabel!

PEPE.—Si venimos a interrumpir... Continúen ustedes, continúen ustedes.

GONZALO.—Ya lo veis: el mejor ejemplo. Conste que no os habíamos visto llegar; no estaba preparado. Nos habéis sorprendido, lo que se dice sorprendido; eso os probará que estos momentos de dichosa intimidad no son tan raros en nuestra vida. Sería mucha casualidad que llegarais a punto de presenciar uno si fueran tan raros. Creedme, hijos míos: fuera del matrimonio, de la familia, no hay verdadero cariño, no hay nada: ésta es la única, la verdadera felicidad.

MARIA ANTONIA.—Hoy está papá de buen humor.

ISABEL.—*(Bajo a María Antonia.)* Desde hace un instante; desde que recibió unas cartas; por fortuna era el último correo, el del Casino.

MARIA ANTONIA.—¡Pobre Isabel! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

ISABEL.—Yo no. ¡Qué tonterías! ¿Seguimos así?

MARIA ANTONIA.—¡Ya te contaré!

GONZALO.—Oye, Pepe. Tenemos que hablar muy seriamente.

PEPE.—Cuando quieras.

GONZALO.—Ya tendremos ocasión. Oye, ¿en qué piececilla trabaja esa muchacha de que me hablaste? Porque fuí al teatro la otra noche, por casualidad, y no vi nada que valiera la pena.

PEPE.—Ha estado unos días sin trabajar; estuvo despedida de la Compañía por un disgusto con el director, muy justificado; la está repartiendo un trabajo imposible; todo porque él tiene que ver con la Vélez, que canta como un gato y se viste...

GONZALO.—¿Se viste? No hará fortuna.

PEPE.—La otra, en cambio, es una monada. El pú-

blico va por ella; un éxito en cada obra; tiene no sé qué..., ¿sabes?, mucho saliente, mucha personalidad...

GONZALO.—¡Calla, calla! Pareces una mamá de tiple.

PEPE.—¿Era de eso lo que tenías que hablarme?

GONZALO.—No; ¡qué disparate! Son cosas serias; algo que me ha dicho Isabel. Ya te lo diré. ¿Dices que ya trabaja esa chica?

PEPE.—Sí; todas las noches, a segunda y cuarta; en "La Liga de las Mujeres" y en "La corazoná", las obras de la temporada.

GONZALO.—¿Tú vas todas las noches?

PEPE.—Todas, no; cuando no voy a otra parte.

GONZALO.—Sí; pero nunca vas a otra parte. Haces muy mal; a las mujeres les asustan mucho las aventuras de teatro; luego, todo el mundo se entera...; los teatros no han sido nunca mi género; no se los aconsejo a nadie.

MARIA ANTONIA.—¿Qué hablará papá con ése?

ISABEL.—Le estará riñendo; ya le he dicho yo algo.

MARIA ANTONIA.—¿A papá? ¡No, por Dios! No le digas nada; dirá que soy muy tonta.

ISABEL.—Si no tuvieras razón, lo serías; aun teniéndola, haces mal en atormentarte, y mucho peor en atormentar a tu marido.

MARIA ANTONIA.—No le atormentaré mucho, te lo aseguro.

ISABEL.—¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

MARIA ANTONIA.—Yo no me he casado para sufrir desprecios ni humillaciones de mi marido.

ISABEL.—Pero ¿ha ocurrido algo más grave?

MARIA ANTONIA.—Hoy mismo, sin ir más lejos.

ISABEL.—¡Calla!

MARIA ANTONIA.—No; ya verás...

PEPE.—Bueno, chiquita; te dejo para volver cuanto antes; si es que por fin puedo volver como quisiera.

ISABEL.—¡Ah! Pero ¿no sabes si vas a volver? ¿No comes con nosotros?

MARIA ANTONIA.—No.

PEPE.—Digo que haré lo posible.

MARIA ANTONIA.—Déjate de farsas. Demasiado sabes que no.

PEPE.—¡María Antonia!

GONZALO.—No seas así. Nada tiene de particular. Yo mismo he estado también a punto de no poder comer con vosotras. Las mujeres creéis que los hombres podemos sujetar nuestra vida a vuestras combinaciones. Formáis planes a plazo fijo y a plazo largo: el teatro, para tal día; la comida, para tal fecha; pero uno no puede estar pendiente de esas menudencias. El caso es que sois las primeras en reprendernos si dejamos de atender a nuestros asuntos y a nuestras relaciones, y al mismo tiempo queréis tenernos en casa a vuestra disposición, cuando os conviene; sois incomprensibles, verdaderamente incomprensibles.

MARIA ANTONIA.—Sí; somos muy raras las mujeres. No hay quien nos entienda. Desde el lunes sabía de sobra que hoy debíamos comer aquí, y precisamente para hoy...

PEPE.—¿Quieres que no vaya? Corriente; no iré, no voy.

MARIA ANTONIA.—Irás, ¡vaya si irás! Ahora soy yo quien lo desea. No tengo gana de verte con mala cara toda la noche.

PEPE.—Sí; que tú, vaya o no vaya, tendrás que ver en unos días.

MARIA ANTONIA.—¡Si yo pongo mala cara por cualquier cosa!

PEPE.—¡Si yo doy a cada paso motivo para que la pongas!

ISABEL.—Pero ¡por Dios! ¡Qué chiquillos!

PEPE.—Antes de salir podías haber anunciado que traías preparada esta escena.

MARIA ANTONIA.—En marchándote se ha concluído. Cuanto más pronto... Y si me hubieras dejado venir sola, como yo quería, se hubiera evitado.

PEPE.—Es que me importa mucho que Isabel y tu padre no crean...

MARIA ANTONIA.—No te importe nada. Papá te dará siempre la razón. Isabel es demasiado prudente para intervenir entre nosotros...

GONZALO.—No sé por qué dices eso... Le doy la razón porque supongo que tiene razón; porque me pongo en su caso.

MARIA ANTONIA.—Eso sí: en su caso...

GONZALO.—En su caso, sí; en su caso. Estoy seguro de que sólo por un verdadero compromiso deja hoy Pepe de comer con nosotros.

MARIA ANTONIA.—Sí; es un asunto muy serio y muy importante para él. Ya ves, para un agente de negocios, asistir a la lectura de una zarzuela...

PEPE.—Es de un íntimo amigo mío, y la idea de la obra es casi mía, y el empresario es compañero mío, y, ¡Señor!..., si mi única afición es el teatro, es lo único que me distrae de mis ocupaciones y de mis asuntos fastidiosos. Yo, por mi gusto, hubiera sido actor, y si tuviera tiempo, escribiría cosas para el teatro, y no serían peores que otras muy aplaudidas. Se me ocurren cosas muy nuevas... Sobre todo, no me equivoco nunca; me basta con ver un ensayo de cualquier obra para saber si aquello gusta o no gusta... Si yo fuera empresario ganaría mucho dinero.

MARIA ANTONIA.—Pero ¿habéis visto nada más ridículo? No piensa más que en el teatro; mejor dicho, en un teatro.

PEPE.—En un teatro, en un teatro... Porque el empresario de ese teatro es amigo mío.

ISABEL.—Es gracioso Pepe, es gracioso. Yo no sospechaba en ti ese entusiasmo.

PEPE.—Es mi chifladura... Después de todo, es más inocente que otra cualquiera. ¿No es verdad?

GONZALO.—Todas las chifladuras son inocentes. Pero la verdad, yo creí que era mas serio el motivo que te impide comer con nosotros.

MARIA ANTONIA.—¿Lo ves? Cuando ni papá te defiende... Lo importante que será esa lectura y la falta que harás tú en ella...

PEPE.—Sí, volveré; diré a los amigos que la dejen para otro día o que prescindan de mí... Voy corriendo... Pero estás con mala cara; no demos espectáculo delante de gente, ¡por Dios!, que es lo más desagradable...

GONZALO.—*(Bajo a Pepe.)* Sí, corre; yo te prometo

que la sobremesa no será larga. Yo también tengo que salir. No disgustes a María Antonia.

PEPE.—Sí, vuelvo; conste que vuelvo.

MARIA ANTONIA.—Haz lo que gustes.

PEPE.—Hasta ahora; no hables mal de mí.

MARIA ANTONIA.—Descuida.

PEPE.—Isabel, tú que eres mujer razonable, dile a María Antonia...

ISABEL.—Sí, hombre, sí; no tengas cuidado; pero si no piensas volver, dilo...

PEPE.—No; que vuelvo, que vuelvo; he dicho que vuelvo. *(Sale Pepe.)*

ESCENA III

Dichos, menos *Pepe.*

GONZALO.—Ahora vas a decirme toda la verdad. Isabel asegura que no eres dichosa, que estás quejosa de tu marido... ¿Por qué son esas quejas? ¿Qué fundamento tienen?

MARIA ANTONIA.—Ninguno. Fué una tontería mía decirle a Isabel ni a nadie... Es que me parece ridícula esa afición que le ha entrado a Pepe por el teatro; porque a un amigote suyo, a ese tronera de Castrojeriz, que está en relaciones con no sé qué tiple, se le haya antojado concluir de arruinarse metiéndose a empresario, para que su amor luzca todo lo que haya que lucir delante del público, no es razón para que Pepe no salga del teatro en todo el día, como si fuera el apuntador o el director de orquesta... Con deciros que ya vienen a casa a pedirnos recomendación para que contraten artistas y representen obras... Ayer tuve yo que recibir a una señorita que quería ser de coro, con su mamá...

ISABEL.—Sería graciosa la entrevista.

MARIA ANTONIA.—Empeñada la mamá en que la niña me cantara la romanza de "El cabo primero".

GONZALO.—Todo eso es ridículo y molesto si quieres; pero si no es más que eso... Pepe se ha educado sin ver mundo. Su padre, que era muy severo, le obligó a trabajar desde muy joven; es natural que ahora se di-

vierta con cualquier niñería. Se le ha presentado la ocasión de conocer un teatro por dentro... ¡Un teatro! Para él que no ha visto nada... Estará encantado; pero eso no tiene nada de particular; hay mucha gente muy respetable que ni por su posición ni por su carrera tiene nada que ver con el teatro, y se pasa las horas por saloncillos y escenarios, muy al tanto de cuanto se estrena y cuanto se ensaya. A nuestro médico, sin ir más lejos, siempre que le necesitamos hay que enviarle recado al teatro, y el diagnóstico de las enfermedades lo explica siempre del mismo modo. Si es una cosa ligera: "¡Phs!, esto no es nada; podrá usted asistir al estreno de mañana." Si es algo más grave: "¡Caramba!, esto es muy serio; me parece que se queda usted sin ver el estrenito." Y ya ves, es una persona seria y muy digna y un excelente médico.

MARIA ANTONIA.—No te canses en convencerme; ya sé que Pepe tendrá siempre en ti el mejor defensor.

GONZALO.—De lo que yo quiero convencerte es de que has elegido el peor sistema, el de aburrirle con enfados y quejas, si quieres evitar que busque distracciones lejos de su casa y de ti.

ISABEL.—Eso es verdad.

GONZALO.—¿Es que estás celosa? ¿Sospechas que te engaña?

MARIA ANTONIA.—Si lo sospechara lo sabría en seguida; y una vez segura, desde antes de casarme tengo muy pensada la conducta que había de seguir.

ISABEL.—Malo es tener pensado ni previsto nada en la vida; sin querer nos encariñamos con la actitud que pensamos tomar cuando llegue el caso previsto, y el caso llega tal vez porque deseábamos que llegara. No, no prevengas nunca resoluciones; la vida nos sorprende siempre, y sin nuestra intervención lo resuelve todo, y es siempre sabia y siempre justiciera. Si alguien nos engaña, aunque el engaño parezca que causó la desventura de toda nuestra vida, si en verdad y en conciencia podemos decir: "No merecí el engaño", ya somos más felices que quien nos engañó. Yo creí siempre que la única tristeza sin consuelo en la vida es la tristeza que se ha merecido.

GONZALO.—Es verdad. ¿Oyes? Bueno, es muy tarde. Voy a vestirme antes de que vengan los convidados. Es que nos hemos propuesto recibirles con cara de funeral.

MARÍA ANTONIA.—No. ¿Por qué? No hay que hablar más de esto. Son tonterías mías. Tienes mucha razón; mis quejas son ridículas. Debo ser muy dichosa... y lo seré.

GONZALO.—Debes serlo. No hay motivo para que no lo seas. *(Vase.)*

ESCENA IV

Isabel y María Antonia.

MARÍA ANTONIA.—¿Por qué le has dicho nada a papá? Yo no quería que supiera...

ISABEL.—¿Vas a tener más confianza conmigo que con tu padre?

MARÍA ANTONIA.—¡Ya lo creo! Tú puedes comprenderme; los hombres no sienten como nosotras; como ellos dan tan poca importancia a sus aventuras, como ponen tan poco del corazón en ellas, juzgan que a nosotras aún deben importarnos menos. Y se engañan. Por un gran amor, por una pasión violenta, aún puede disculparse que todo se olvide y que nuestra tristeza, nuestros celos, nuestra humillación, nada importen ni valgan; pero que no duden en causarnos pena por un capricho que para ellos significa muy poco. Eso es lo que no tiene disculpa; eso es lo que demuestra cómo nos estiman.

ISABEL.—Pero ¿es que Pepe...?

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí; me engaña como un miserable; porque su engaño comenzó cuando yo debía ser más respetada, si no por mujer, por madre de su hijo. Dios no ha querido que lo fuera, y quién sabe lo que pudo influír la horrible pena de una traición tan cruel y tan cobarde...; una mujer cualquiera... Por eso no sale de ese teatro.

ISABEL.—¡Ah! ¿Es por eso?

MARÍA ANTONIA.—Sí; él cree que yo no lo sé. Su amigote, Castrojeriz, le saca dinero para la empresa;

será la ruina y el ridículo, que yo no he de soportar con paciencia, te lo aseguro; yo no soy como tú.

ISABEL.—¿Como yo?

MARIA ANTONIA.—¡Sí, pobre Isabel!... ¡Pobre madrecita mía!... ¡Tan buena y tan mártir como mi madre!... Desde muy niña, la vida no tuvo secretos para mí; sola, con mi padre, sin él, mejor dicho, porque le veía muy poco; entre ayas y criados, que no se recataban de mí para murmurar de cuanto sabían; el único cariño, el de tía Rosario, y ese cariño consistía en un odio profundo hacia mi padre; la hermana de mi madre no le perdonó nunca, y sin compasión de mi inocencia, implacable en su odio, no pensó nunca en el daño que podía hacerme destruyendo en mí el respeto a mi padre y la confianza en su cariño. Hasta después de muerta quiso legarme su odio, y al morir, con gran misterio, me entregó unas cartas, cartas de mi madre, encomendándome que no las leyera hasta después de casada.

ISABEL.—¿Y esas cartas?

MARIA ANTONIA.—¡Qué tristes, madre mía! ¡Qué vida de martirio la de mi pobre madre! Has de verlas, y comprenderás que no quiera confiar mis penas a mi padre; que se abra sólo a ti por entero mi corazón y que llore desesperada por haberle entregado a un hombre miserable, traidor..., como todos.

ISABEL.—Como todos, no.

MARIA ANTONIA.—Déjame creer que lo son todos, porque aún podría ser más desgraciada si creyese que alguno no lo era.

ISABEL.—¿Qué quieres decir? No me lo has dicho todo. ¿No vas a engañarme? En tu tristeza hay más rebeldía que resignación; por eso me asusta. Tú quisiste a otro hombre antes que a Pepe, le quisiste mucho; dices que desde muy niña la vida tuvo pocos secretos para ti; acaso no comprendiste por qué debías separarte de aquel hombre; acaso no has podido olvidarle...

MARIA ANTONIA.—Sí; comprendí, debí comprender. Ya veis que acepté sin discutir vuestras razones. No era preciso que Enrique se hubiera alejado de mí para que yo le olvidara.

ISABEL.—Entonces es el cariño de otro hombre que

te acecha, te persigue... Tu corazón está amenazado, lucha... Y ¿quién es ese hombre? No; no lo digas; ahora recuerdo: sin darte cuenta has repetido demasiado su nombre en estos días para que yo no adivine, con razón, dónde está el peligro. Pero tú no puedes creer en ese cariño: tú no puedes hacerte traición a ti misma, porque al dolor del desengaño pienses que la única satisfacción es la venganza; no, no será mientras creas en mí como creerías en tu madre. Ella desde el cielo, yo a tu lado, sabremos defenderte, y bien puedes creer en las dos. Leíste esas cartas de tu madre; ya sabes cuál es mi vida entonces: la misma tristeza para las dos; no puede ser más la tristeza de tu vida, que no sea menos tu resignación... ¡Laura! Seca esas lágrimas; se burlaría de nosotras.

ESCENA V

Dichas y Laura.

LAURA.—¡Querida Isabel! ¡María Antonia!

ISABEL.—¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

LAURA.—¿Sí? Como haya querido ponerme la doncella; ni me he mirado al espejo. ¡He llevado un día...! Siete horas de coche acabo de pagar en este momento. Todo por amor a la Humanidad.

ISABEL.—Siempre con tus Juntas y Sociedades benéficas.

LAURA.—Soy vicepresidenta de dos, secretaria de tres y tesorera de cuatro. Y eso es lo de menos; lo peor es que siempre me encomiendan los asuntos difíciles. "Laura, usted que no tiene familia; usted que no tiene hijos; usted que no tiene que pensar en nada...", y mi familia y mis hijos es todo el mundo, y yo tengo que pensar en todos. En fin, de algún modo hay que rescatar la culpa o la desgracia de ser solterona.

ISABEL.—¡Por Dios! En ti, ni culpa ni desgracia. Es que para tu gran corazón la casa y la familia no bastarían; tu genio pide mayores empresas.

LAURA.—Eso es una vulgaridad. Yo gobierno mi ca-

sa, y me parece que es un modelo de orden. Además, tú sabes si hago vida de sociedad.

ISABEL.—Y te sobra tiempo para todo: es admirable.

LAURA.—Es que no soy de espíritu encogido como...

MARIA ANTONIA.—Como nosotras, ibas a decir.

LAURA.—No; como la mayor parte de las mujeres. Claro que la casa y la familia son cosas muy respetables, y para la mujer, las más atendibles; pero no conviene tampoco un espíritu demasiado casero. Si yo me hubiera casado, hubiera impulsado a mi marido a las empresas más atrevidas, en vez de acobardarle y atarle como hacen casi todas, como hacéis vosotras.

MARIA ANTONIA.—¿Nosotras?

LAURA.—Sí, sí; con el talento de tu padre y sus condiciones de posición, de familia, debía ser un personaje; debía ya estar harto de ser ministro y lo que le diera la gana. ¿Sabes lo que le ha faltado a tu padre en su vida? Una mujer.

MARIA ANTONIA.—Pues no son ésas nuestras noticias.

LAURA.—Digo una mujer que fuera lo menos mujer posible. A los hombres superiores no se les puede querer como a los demás hombres. Al lado de un hombre de talento, el cariño debe velar como al lado de un enfermo: a distancia y en silencio, para cuando el enfermo llame y nada más. Importunarles con zalamerías o con celos o con menudencias caseras, es un crimen. Perdonadme el discursito, pero desde que llegué estoy percibiendo en el aire el disgustito doméstico; tenéis las dos unos ojos de haber llorado...

MARIA ANTONIA.—Pues te equivocas; sí, hemos llorado; pero no eran disgustos; son recuerdos.

LAURA.—Sí, sí; ¡no os conoceré yo! Algún asunto grave: que si llegó una carta; que si el marido salió sin decir adónde iba; que si se retrasó en volver... Alguna escena por cosas así.

MARIA ANTONIA.—No me remuerde la conciencia de haber malogrado ningún genio con mis escenas en mi señor marido.

LAURA.—No hablo de tu marido. Pepe es un muchacho de muy poco mundo; listillo, pero nada más. Pero

tu padre, con su inteligencia, con su don de gentes, con su ilustración...

ISABEL.—Sí, ya lo sabemos; no le ha faltado más que una musa inspiradora, que yo no he sabido ser.

LAURA.—No te molestes. Pero ahora mismo le ofrecen la dirección en París de esa Sociedad, gran idea suya, una Sociedad que está llamada, por los negocios que abarca, a dominar en todo el mundo, a ser árbitro de la Banca y, por lo tanto, de la política y de los destinos de Europa, y sé que tú, en vez de animarle para que acepte, te asustas ante la idea de dejar tu casa, de salir de España.

ISABEL.—No soy ambiciosa... María Antonia no lo es tampoco. Somos bastante ricas para permitirnos el lujo de vivir tranquilas entre nuestros afectos y nuestras relaciones de toda la vida. Gonzalo acepta la representación en Madrid, y está muy satisfecho.

MARIA ANTONIA.—¡Marcharnos a París! ¡No faltaba más!... ¡Separarnos!...

LAURA.—Podíais ir vosotros también Pepe podía desempeñar algún cargo de confianza.

MARIA ANTONIA.—¡Mi marido en París! No, gracias... Con la afición que le ha entrado al teatro...

LAURA.—¿Al teatro? ¿Qué me dices?

ISABEL.—Tonterías de María Antonia.

LAURA.—¡Ah, vamos! Serás capaz de tener celos de alguna cómica, porque te haya dicho alguna amiga chismosa que ha visto a tu marido dos noches en cualquier teatro. ¡Qué ridiculez!

MARIA ANTONIA.—Pues sí, soy muy ridícula, soy celosa, soy mujer; quisiera tener a mi marido muy sujeto y muy pegadito a mis faldas. Como yo no soy como tú, y, por lo tanto, no he tenido gracia para hacer de mi marido un Napoleón, un Bismarck o cualquier otro talento por el estilo, cuando sale de casa y tarda en volver más de lo justo, no me consuela la idea de que habrá conquistado un reino o habrá descubierto la dirección de los globos.

ESCENA VI

Dichas, Carmen, Luisa y Ramón.

ISABEL.—Carmen con su marido, y Luisita. ¿Cómo va? ¡Luisita! ¡Querida!

CARMEN.—¿No llegamos tarde? Ramón viene riñendo.

RAMON.—¡Calle usted! La "toilette" de las señoras es inaguantable. ¡Tres horas para vestirse! Y siempre igual. Luego quieren que las abone al teatro. ¿Para qué? Cuando tengo interés en ver una comedia o en oír una ópera, tengo que dejarlas en casa; con ellas, ya se sabe: al segundo acto lo más pronto. ¿No es una tontería gastarse un dineral para eso?

MARIA ANTONIA.—¡Qué mona estás, Luisita!

LUISA.—Ya oyes a papá. Como he estado tres horas componiéndome... ¡Qué exageración!

RAMON.—¿Y Gonzalo?

ISABEL.—Saldrá en seguida... ¿Qué noticias de Enrique?

RAMON.—Ninguna. No hemos tenido carta. No sé en qué piensa ese muchacho.

CARMEN.—*(Bajo, a Isabel.)* Yo, sí. Ya le diré a usted, Isabel. Estoy muy disgustada. No quiero que sepa nada Ramón, ya le conoce usted.

LAURA.—¿Ha estado usted en Bolsa esta tarde?

RAMON.—Sí; no hay nada; está tranquila.

LAURA.—Tengo que consultar a ustedes. Traigo un proyecto en la cabeza; no sé si será un disparate.

RAMON.—No; usted siempre sabe lo que se hace, querida Laura; puede usted andar sola por el mundo.

LAURA.—Bien solita ando..., gracias a los consejos y a la buena amistad de ustedes.

CARMEN.—Me admira esa resolución que tiene usted para los negocios. A mí me asusta sólo pensar en ellos. Si por desgracia me quedara sola, me sería imposible decidirme como usted, a vender, a hacer jugadas de Bolsa.

LAURA.—¡Pobre de mí si hubiera pensado lo mismo! Mi padre me dejó un capital muy modesto, que ya hu-

biera desaparecido si yo me hubiera acobardado ante los negocios. Por fortuna confié a Gonzalo mi capital, y en sus manos se ha duplicado en poco tiempo.

RAMÓN.—Y ya verá usted, ya verá usted, con la nueva Sociedad constituída, la esfera de nuestros negocios se ensancha y sobre bases muy seguras; nada de castillos en el aire.

LAURA.—Ya lo sé, ya lo sé; todo el mundo lo dice. Estoy encantada. (*A Isabel y a Carmen.*) Parece mentira que a ustedes no les interese.

RAMÓN.—Sí, sí, hable usted a las mujeres de esas cosas. Mi mujer todavía, como ha visto y sabe lo que cuesta empezar, aún lleva algún orden en el gasto de la casa; pero Luisita, como nació cuando todo era holgura, cree que el dinero llueve del cielo, y si la dejáramos salirse con todos sus caprichitos de niña mimada, nos arruinaría en dos meses.

LUISA.—¿Y me preguntabas si tenía novio? Ya ves, con los informes espontáneos que da papá, cualquiera se anima.

RAMÓN.—¡Novio! ¡Novio! ¡Cualquiera es el valiente que se atreve con una niña de éstas! No es natural que ningún hombre joven se halle en posición muy brillante; empieza a luchar en su carrera, o en sus negocios, no heredó todavía; pues en esas condiciones cargue usted con una señorita acostumbrada a lucir y a gastar sin haber sabido nunca lo que cuesta ganar el dinero. Antes, para cualquier muchacha, aun de la clase más elevada, el matrimonio significaba el primer vestido encargado a una modista, la primera ropa blanca de lujo, las primeras alhajas de precio, la verdadera presentación en sociedad; pero ahora, todo lo contrario: casarse, para ellas, es reducirse, es venir a menos, es tener peor casa, peor mesa, peor servicio, sustituir el coche propio por un simón o por el tranvía, es reformar diez veces un traje y catorce un sombrero, es oír al marido que gasta mucho, que no podemos vivir así, y los maridos dicen estas cosas con otra cara y otro tono que los padres. Y si hay hijos, las mujeres de ahora no saben criarlos sino a fuerza de dinero; entre nodrizas, ayas y médico a cada paso, apenas estornuda el chiquillo...,

y un dineral en batistas y en encajes, para educarlos bien desde pequeñitos... y qué sé yo..., hasta un sacerdote francés para enseñarlos a rezar, porque ya no saben hacer ni eso las madres del día... Conque a ver quién es el bravo que se casa con un sueldo de los que se usan en España y una renta de las que aquí llamamos modestitas.

LUISA.—Papá cree que el dinero es la razón suprema de todo.

LAURA.—Y cree muy bien. El dinero no puede hacer que seamos felices; pero es lo único que nos compensa de no serlo.

ESCENA VII

Dichos y Gonzalo.

GONZALO.—Amiga Laura, tanto gusto... Carmen... ¿Cómo estás, Luisita? ¡Hola, Ramon! ¿Qué hay de cosas? ¿Alguna novedad?

RAMON.—Todo va bien.

LAURA.—Muy enfadada con usted, porque es usted un ingrato.

GONZALO.—Ya sé por qué lo dice usted, porque no contesté a su última consulta. No le convenía a usted de ninguna manera vender en esas condiciones. En caso afirmativo, me hubiera apresurado a ponerme a sus órdenes.

LAURA.—Ya sabe usted que tengo fe ciega en usted.

GONZALO.—Yo temo que confíe usted demasiado; no soy infalible.

LAURA.—Siguiendo a usted en su suerte me arruinaría gustosa.

GONZALO.—No lo sentiría yo menos, aunque fuera por seguirme, como usted dice.

LUISA.—*(Bajo a María Antonia.)* Pero Laura es que está loca por tu papá, no lo disimula. No sé cómo Isabel lo tolera.

MARIA ANTONIA.—No tiene importancia. Es una pasión platónica y bursátil. Eso sí, nadie como Laura sabría poner tanto fuego y tanta expresión en frases

tan prosaicas como éstas: ¿A cómo quedó el exterior? ¿Y el fin corriente? ¿El amortizable? Figúrate a Romeo y Julieta discutiendo en la ventana una cotización de Bolsa, en vez de discutir si es el ruiseñor o la alondra la que canta.

LUISA.—¡Qué importaría! La escena sería la misma; el cariño sabe hablar con todas las palabras, por vulgares y prosaicas que sean.

ESCENA VIII

Dichos, Josefina y Adolfo.

MARIA ANTONIA.—*(A Luisa.)* El matrimonio de París. Ya verás; dos figurines.

ADOLFO.—Señores... *(A Isabel.)* Querida señora...

ISABEL.—¿Cómo va, Josefina?...

GONZALO.—Permítanme ustedes que les presente. Ramón, Adolfo Barona, hijo de nuestro corresponsal.

RAMON.—Sí, sí; ya sé; su padre es gran amigo mío, el gran Barona.

GONZALO.—Su esposa. Presenta a la tuya y a tu hija.

RAMON.—Mi mujer, mi hija. Aunque no hayamos tenido el gusto de vernos hasta ahora, debemos considerarnos como antiguos amigos, como familia. Su padre de usted es como un hermano para mí y para Gonzalo; trabajamos juntos desde muy jóvenes, usted lo sabe.

ADOLFO.—Sí, sí. Mi papá me hablaba siempre de ustedes. Parece que se han divertido ustedes mucho en su tiempo, que han hecho ustedes muchas... barbaridades...

RAMON.—¡Hombre, barbaridades...!

ADOLFO.—Bueno; "de... bêtises"... Quise decir tonterías...

RAMON.—Eso, vaya...

GONZALO.—Aunque habla muy bien el castellano, sin acento alguno, para el tiempo que ha vivido en París, a veces no domina el valor de las palabras.

ADOLFO.—En casa, con mi padre, hablo siempre español; pero la costumbre de pensar en francés, sin po-

der querer hago..., como se dice..., "une gaffe", Josefina, "une gaffe"...

JOSEFINA.—Meter la pata... ¿No dicen ustedes así?

MARIA ANTONIA.—Sí; así se dice... *(Bajo, a Luisa.)* Y dicho y hecho.

GONZALO.—Josefina es la que habla muy bien, como una madrileña de pura raza.

JOSEFINA.—No, ¡por Dios!, no se queden ustedes conmigo: eso es una tomadura de pelo.

MARIA ANTONIA.—Se ve que el castellano no tiene secretos para ella.

GONZALO.—Es muy graciosa. ¿Y está usted más contenta en Madrid?

RAMON.—¿Es que no le gusta a usted?

JOSEFINA.—Sí: me parece muy agradable. Hemos hecho las visitas de presentación; muy amable todo el mundo.

ADOLFO.—¡Ah, sí; muy amable! Pero las casas, ¡qué mal tenidas! ¡Qué falta de "confort", de gusto! La de ustedes es excepcional...

ISABEL.—No lo crea usted.

ADOLFO.—¡Ah, sí! Hay aquí buen gusto; hay aquí la mano de una mujer artista, delicada; todo es armonioso. ¿En que casa hemos visto un salón con muebles Imperio y pinturas Luis XV? ¡Qué horrible!... ¿Cómo se dice, Josefina?... "Mélange".

JOSEFINA.—Revoltijo. ¿No es así?

MARIA ANTONIA.—Sí; así es. *(Bajo, a Luisa.)* Pero ¿con quién hablaría español en París esta señorita?

ADOLFO.—A mí, estas faltas de gusto me enervan. Y las damas también en sus "toilettes" son algo "criardes".

MARIA ANTONIA.—Chillonas...

ADOLFO.—Eso es: gritonas. ¿Qué señora nos ha recibido con un "tea-gown" azul Niza y lazos grandes amarillos?... ¡Horrible! Yo la hubiera desnudado.

JOSEFINA.—Adolfo tiene un temperamento artístico...

ADOLFO.—La vida sin arte es una triste cosa. Y la "toilette" es media mujer; una "toilette" encontrada puede ser un poema.

LUISA.—*(Bajo, a María Antonia.)* ¿Quién te parece la madame en este matrimonio de París?

RAMÓN.—*(Bajo, a Gonzalo.)* ¿Y a ese chico es a quien tú quieres que confiemos nuestra gerencia en Madrid?

GONZALO.—¿Por qué no? Es muy inteligente. Ya te convencerás. Habla así por agradar a las señoras.

RAMÓN.—Pues ahora me parece más tonto, porque demuestra conocer muy poco a las mujeres.

GONZALO.—¡Bah! Al lado de su padre ha trabajado siempre en los negocios. El cargo no requiere gran inteligencia.

RAMÓN.—Pero es de gran responsabilidad, y teniendo aquí a Jiménez...

GONZALO.—Jiménez está contento con su puesto... ¿Cómo vamos a negar a Barona lo que pide para su hijo?

RAMÓN.—¿Lo que pide? Si no pide nada. A mí me escribió que su hijo venía a Madrid en viaje de recreo, de novios.

GONZALO.—Pues a mí me ha dicho el muchacho que el objeto de su padre al enviarle era el obtener ese puesto. Parece que antes de casarse había tenido en París relaciones con una mujer de cierta clase, y no le conviene residir allí por ahora...; es una exigencia de su mujer.

RAMÓN.—¡Vamos! De su mujer... y tuya... Te conozco: desde que entró comprendí que te interesaba.

GONZALO.—¡Qué idea! Yo no sé qué os habéis figurado... Iba yo a atreverme..., una muchacha recién casada... con el hijo de un amigo...

RAMÓN.—Sí, sí; que tú respetas esas cosas.

GONZALO.—¿Eh?

RAMÓN.—Yo creo que a la única mujer que has respetado ha sido a la mía, y no es que crea en ti; es que creo en ella.

GONZALO.—No digas tonterías... Mañana, en la junta, propondrás conmigo ese nombramiento, y no hay más que hablar.

LAURA.—*(A Adolfo.)* Y dígame usted: ¿qué se opina en Francia de las acciones de Panamá? Yo compré

unas cuantas en excelentes condiciones, y todo el mundo me augura que son de gran porvenir.

ADOLFO.—Es un negocio que duerme; pero el día que despierte... Otro Canal de Suez... *(Fijándose en los pendientes de Laura.)* ¿Permite usted? ¡Preciosas perlas! He visto pocas de oriente tan puro..., y yo me entiendo en perlas. La perla es la joya femenina por excelencia.

LAURA.—Las que heredé de mi tía Leonor son las únicas alhajas que tengo. Es una tontería gastarse el dinero en alhajas, un dinero muerto. Se van a comprar, y cuestan un dineral; va uno a venderlas...

JOSEFINA.—Veo que tiene usted un talento muy práctico; yo, también; todo lo contrario de mi marido, que tiene alma de artista y se gasta todo el dinero en cosas inútiles.

MARÍA ANTONIA.—Y eso que ha vivido siempre entre gente de negocios.

ADOLFO.—Por eso mismo los detesto. ¡Ah! La vida sin poesía, sin ideal...

JOSEFINA.—Le digo a usted que tenemos cambiados los papeles.

MARÍA ANTONIA.—*(A Luisa.)* Ya lo habíamos conocido.

JOSEFINA.—Adolfo se pasa la vida soñando.

GONZALO.—Hace muy mal.

JOSEFINA.—¿Por qué?

GONZALO.—Porque soñar... es dormir... Y no es ésa la actitud que corresponde a un marido novel.

JOSEFINA.—"Shocking". En España no hablan ustedes nunca seriamente. Por eso empiezo a no fiarme de usted.

GONZALO.—¿De mí?

JOSEFINA.—De su palabra. ¿Ha recomendado usted a sus socios el nombramiento de Adolfo?

GONZALO.—Ahora mismo hablaba de ello, es cosa segura.

JOSEFINA.—Veremos. Sentiría reñir con usted...; pero si usted quiere torearme...

GONZALO.—¡Ja, ja!...

JOSEFINA.—¿Se ríe usted? ¿He metido la pata?

GONZALO.—Me río de su lenguaje...

JOSEFINA.—¿No es correcto?

GONZALO.—Es graciosísimo.

JOSEFINA.—No se ría usted de mí. Es usted un guasón que quita el sentido.

GONZALO.—¡Qué más quisiera yo! Adorable, adorable.

MARÍA ANTONIA.—Pero ¿ven ustedes esa mujer? ¡Qué descaro! Está coqueteando con papá, como si aquí existiera el divorcio. Y el marido tan fresco. Por las señas, está explicando a Laura y a Luisa la caída de alguna falda... ¡Qué pareja!

RAMÓN.—Querida Isabel, debe usted prevenir a su marido. Se empeña en que demos un puesto de gran responsabilidad a ese joven; dice que su padre le recomienda a ustedes, ¿no es cierto? El padre sabe demasiado que su hijo es un pobre tonto; se empeñó en casarse con esta muchacha de familia y de antecedentes algo escabrosos, y le envió a Madrid para que se le colocara, pero no en cargo de tanta importancia. Aconseje usted a Gonzalo.

ISABEL.—¿Yo? Carmen me conoce. Nunca me permito aconsejarle y menos oponerme a su voluntad. Nada fío ni espero de las palabras, por cariñosas y bienintencionadas que sean. Para conseguir algo más que promesas de enmienda, olvidadas cada ocho días, hay que hacer algo más que hablar...

RAMÓN.—¡Ya!..; pero ¿usted qué hace, amiga mía?

ISABEL.—¿Yo? Resignarme y esperar.

RAMÓN.—¡Pobre Isabel!

ESCENA IX

Dichos, un *Criado,* y después *Manuel.*

CRIADO.—Con permiso... Esta carta *(Dándosela a María Antonia),* para la señorita.

MARÍA ANTONIA.—¿No espera contestación?

CRIADO.—El que la traía no hizo más que dejarla.

MARÍA ANTONIA.—Está bien. *(Vase el Criado.)* De

Pepe. No necesito leerla. Excusándose de venir; lo que yo sabía, lo que yo esperaba.

ISABEL.—Pero lee.

MARIA ANTONIA.—¿Para qué? Léela tú... ¿No es eso?

ISABEL.—En efecto, que los amigos no le dejan, que la lectura es urgente.

MARIA ANTONIA.—Sí, sí. Enterados.

LUISA.—¿No viene tu marido?

MARIA ANTONIA.—Toma, guarda esta carta para que se la leas a tu novio... cuando le tengas; le servirá para después de casado...; todos hacen lo mismo.

LUISA.—¿Todos? No. Yo no lo creo. Si te hubieras casado con Enrique, sí...

MARIA ANTONIA.—¡Calla, calla! Sé lo que vas a decirme. No me hables de Enrique, te lo suplico, me hace daño.

LUISA.—¡Pobre hermano mío! ¡Me escribe tan triste!

MARIA ANTONIA.—¡Tan triste! Tristes todos... ¡Que Dios perdone a los que sin pensar, por capricho, por aventuras como estas que ahora distraen a mi marido causan para toda la vida la tristeza de quien no tiene culpa!

LUISA.—¿Qué quieres decir?

MARIA ANTONIA.—Nada, nada. *(Entra Manuel.)*

MANUEL.—¡Señores! ¿Soy puntual? ¡Isabel!...

ISABEL.—Por hoy, sí, y lo agradezco, porque hoy no somos todos de casa.

MANUEL.—Ya sé... Presénteme usted.

ISABEL.—Don Manuel Arenales... Monsieur Adolfo Barona, su esposa.

MANUEL.—Encantado..., encantado...

GONZALO.—Aquí tienen ustedes un madrileño neto. Acabará de levantarse; empieza su vida a estas horas.

MANUEL.—¿Por qué no? La medida del tiempo es puramente caprichosa; ¿por qué ha de marcar la salida del sol el principio del día? Yo soy galante, y concedo ese previlegio a la luna. Me someto al eterno femenino.

LAURA.—¡Cuántas veces me he horrorizado al encontrarle a usted de madrugada cuando yo iba a mis asuntos de mis conferencias y de mis juntas!...

MANUEL.—¿Usted iba a sus asuntos a esas horas? Pues yo regresaba de los míos. Ya ve usted para quién estaba el día más adelantado.

LAURA.—Calle usted, le detesto. Es usted el oprobio de la clase de solteros. ¿Para qué sirve usted en el mundo?

MANUEL.—Que otros lo pregunten... Para que cada lunes y cada martes me mande usted billetes para sus funciones benéficas y listas de suscripciones a todas sus obras piadosas, a todo lo cual, bromas aparte, contribuyo gustoso, querida Laura.

LAURA.—Ya lo sé, y por esa puertecilla puede ser que consigamos salvarle a usted y halle usted indulgencia a sus muchos pecados.

MANUEL.—Ya sé que Pepe no come con nosotros.

MARIA ANTONIA.—¿Le ha visto usted?

MANUEL.—Sí; acabo de verle.

MARIA ANTONIA.—¿Dónde?

MANUEL.—En la calle de Alcalá.

MARIA ANTONIA.—¿Iría con unos amigos?

MANUEL.—No; iba solo.

MARIA ANTONIA.—Solo, y dice en su carta...

MANUEL.—¿Qué?

MARIA ANTONIA.—Nada..., nada. Solo, ya lo oyes: iba solo.

GONZALO.—¡Qué indiscreto eres! A los casados no se nos ve nunca en ninguna parte, cuando no vamos con nuestra mujer.

MANUEL.—¿Indiscreto? Porque he dicho que le he visto en la calle y solo... ¿Iba a decir que le he visto subir a Fornos con unos amigos y unas amigas de los tres: suyas, tuyas y mías?...

GONZALO.—¡Mías, no; haz el favor!

MANUEL.—Supongo que las conoces. ¿A qué mujer no conocerás tú? *(Entra el Criado.)*

CRIADO.—La señora está servida.

ADOLFO.—Los tonos de moda, "le dernier cri", toda la gama de los amarillos..., azufre..., limón..., naranja..., yema de huevo..., albaricoque...

RAMON.—¡Pero este hombre no sabe hablar más que de trapos o de golosinas!

MARIA ANTONIA.—No lo crea usted...: de trapos siempre...; es divertido...

ISABEL.—*(A Gonzalo.)* Un momento, Gonzalo. Como esa señora se sienta a tu lado, y supongo que insistirá en el nombramiento de su marido...

GONZALO.—¡Qué tenemos!

ISABEL.—Nada. . Es que Ramón se opone a que eso sea, y se opondrá en la Junta de accionistas.

GONZALO.—Ya he visto que conspirabais.

ISABEL.—¿Yo? Es que quiero evitar que te pongas en ridículo. Por ti, sólo por ti, ¿lo entiendes? De mí, ¿qué me importa? ¡Una vez más! Estoy acostumbrada... ¡Haz lo que quieras, como siempre!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA I

Isabel, Carmen y *Ramón.* Dentro se oye hablar a los demás personajes. Piano.

RAMON.—He comido muy bien, amiga mía; he comido muy bien.

ISABEL.—Y yo me alegro.

CARMEN.—¿Quién toca el piano? Ahora no es Luisita.

ISABEL.—No; es el joven recién casado, y toca muy bien, con mucho gusto.

RAMON.—¿Por eso conociste que no era Luisita?

CARMEN.—Ese joven es un estuche. Su mujer debe ser muy dichosa.

RAMON.—Pues no lo parece.

ISABEL.—¡Bah! ¿Por qué?

RAMON.—Mire usted, Isabel: yo soy muy franco. Esa parejita es lo único que no he podido pasar de la comida; los tengo aquí.

CARMEN.—¡Qué cosas dices! No haga usted caso.

ISABEL.—Las antipatías y las simpatías son instintivas.

RAMON.—¡Parece mentira que este chico sea hijo de Barona; un hombre tan serio, un carácter enérgico!; verdad es que él siempre se lamentaba de su mujer, que le había educado muy mal a los hijos, y éste, ¡con quién ha ido a casarse! Mire usted, Isabel, yo soy muy claro.

CARMEN.—¡Ramón, por Dios!...

RAMON.—¿Por Dios, qué? Somos como de la familia; Isabel es para mí, ¡qué sé yo!, como una hermana; tengo yo hermanos a quien no quiero tanto; a Gonzalo le quiero mucho también; toda la vida trabajando juntos; para mí ha sido siempre muy bueno. Tiene sus defectos; pero, bueno, ¿quién no los tiene? A mí no me ha molestado nunca con ellos: ¿para qué voy a quejarme? Ahora sí, querida Isabel, teniendo Gonzalo las mismas noticias que yo tengo de esta joven, casada con el hijo de nuestro amigo y corresponsal, permítame usted que le diga que no ha debido presentarla en su casa de usted.

CARMEN.—¡Ramón, Ramón!

RAMON.—Yo sé lo que me digo.

ISABEL.—Dice usted que Gonzalo sabe...

RAMON.—Claro está; la madre de esta muchacha es una cualquier cosa; una española que escapó a París con un viajante. Esta joven quiso dedicarse allí al teatro, ¡qué digo al teatro!, al café-concierto, una trapisonda. Después, entre la madre y la hija, envolvieron a este pobre tonto... Y mire usted, eso de que ahora venga aquí a dárselas de señora a la sombra de ustedes y de nuestras hijas, no me parece que deben ustedes consentirlo, y Gonzalo hace muy mal en autorizarlo. Y esa plaza que pretende no la tendrá mientras mi voto signifique algo. Y, sobre todo, Isabel, yo la quiero a usted mucho, ya lo sabe usted, y estaré siempre de su parte, siempre.

ISABEL.—Gracias, Ramón; muchas gracias. *(Se levanta, y lentamente pasa y entra en la habitación donde se supone que están los demás.)*

CARMEN.—Si no te conociera, no sabría qué pensar

de estas expansiones de sobremesa. ¿Para qué pones a Isabel en cuidado?

RAMON.—Serás capaz de creer que hablo así por algún exceso de champagne.

CARMEN.—No, ya sé que no; pero me da pena la pobre Isabel.

RAMON.—Y a mí también, y la conducta de Gonzalo me indigna; por eso no puedo callarme. Bueno que al hombre no se le deba exigir una fidelidad tan absoluta como a la mujer en el matrimonio; pero que no pase de una aventurilla ligera, de tarde en tarde, que no comprometa mucho; pero eso de no hallarse nunca sin algún amorío..., con una mujer como Isabel... ¿Y tienes valor para quejarte alguna vez de mí?... Compara, compara.

CARMEN.—¿Yo de ti? No...

RAMON.—Sí, sí; las mujeres tenéis mucha imaginación; sois muy dadas a la novela. ¿Ves a Isabel, con ese aire de mártir? Pues en el fondo le halaga, le complace que su marido sea así: esas historias de amores, de mujeres locas por él; eso de no tenerlo nunca seguro, le realza a sus ojos, le poetiza y, créelo, Isabel está cada día más enamorada de su marido, como no lo estaría seguramente, al cabo de algunos años de matrimonio, si Gonzalo fuera un marido... como yo; un marido sin accidente ni novela. Con franqueza, ¿a que tú no me has agradecido nunca mi fidelidad inverosímil? ¿A que no puedes creer que ha sido virtud, sino falta de gracia para seducir y enamorar? Sí, sí; estoy seguro. Tú no me quieres como Isabel a Gonzalo; yo soy un burguesote todo prosa, que no sabe más que trabajar, hacer cuentas, pensar en el porvenir de sus hijos, que sí, lo que Dios no permita, alguna bribona me trastornara el juicio, aunque no fuera más que media hora, ¡qué sé yo!..., me parecería que os robaba a ti y a mis hijos, y aunque vosotros me perdonarais, yo no podría perdonarme nunca.

CARMEN.—Sí; hay cosas que no se las perdona uno nunca. Pero no mortifiques más a Isabel. ¿Tú crees que ella no ha notado, como todas, las coqueterías de esa mujer con su marido?

RAMON.—¡Coqueterías! ¡Coqueterías!... "¡Cocoterías"

y pequísima lacha, como diría ella; ésa es la palabra!

CARMEN.—¡Vuélve, Isabel! ¡Por Dios, calla!

ESCENA II

Dichos, Isabel y *Manuel.* (Carmen y Ramón siguen hablando aparte, y a poco pasan al saloncito donde se supone están los otros personajes.)

ISABEL.—*(A Manuel.)* Pero ¡qué torpe es usted, amigo mío! Hace media hora que le estoy tirando a usted de la manga para que me siga usted aquí, y usted sin entenderlo. Tengo que hablar con usted.

MANUEL.—Pero ¿usted no ha observado que María Antonia me tiraba de la otra con más fuerza para que no viniera, porque también deseaba hablar conmigo?

ISABEL.—Pero entre la madre y la hija, aunque el corazón se incline a la amable juventud, la cortesía debe sacrificarse a la respetable ancianidad.

MANUEL.—En este caso, el corazón y la cortesía estaban de acuerdo, pero los tirones de María Antonia eran terribles; estoy satisfecho, siempre en mi papel.

ISABEL.—¿En su papel? ¿Qué papel es el de usted?

MANUEL.—Pero ¿no lo sabe usted, mi querida amiga? El de confidente universal, el de amigo de todo el mundo; mejor dicho, el de amigo de los amigos de todo el mundo; algo así como la Central de Teléfonos, a la que nadie se dirige más que para pedir comunicación. El papel, como usted ve, no es muy lucido.

ISABEL.—Pero muy necesario.

MANUEL.—Eso decía Cervantes de un cargo muy parecido al mío; que era muy necesario en toda repùblica bien ordenada.

ISABEL.—Ahora no pido comunicación; al contrario, procuro interrumpirla.

MANUEL.—¿No digo?... De todos modos, estación intermedia siempre.

ISABEL.—Usted es muy amigo de Federico Reinosa, el escritor.

MANUEL.—¡El soñador, querrá usted decir!

ISABEL.—Más temible. Los que escriben sus sueños

se quedan muy descansados; pero los que sueñan no escriben y quieren vivir lo que sueñan, ni descansan, ni dejan descansar. Creen que la vida es una página en blanco, que ellos pueden emborronar a su capricho.

MANUEL.—Sin rodeos; usted sabe que Federico...

ISABEL.—Sí; que está locamente enamorado de María Antonia. Que usted es su confidente...

MANUEL.—Su consejero.

ISABEL.—Buenos consejos...

MANUEL.—¡Naturalmente! Estimo en mucho a María Antonia. Sé cuánto vale el buen ejemplo en la educación, y María Antonia sólo ha tenido ejemplo de virtud en su madre primero; después en usted.

ISABEL.—Pero si el ejemplo de virtud lo es también de tristeza, ¿usted cree que a los veinte años puede afrontarse con resignación la perspectiva de toda una vida muy triste, sobre todo, cuando el corazón no está defendido por un amor tan apasionado, tan ciego, que haga parecer las tristezas más dulces que alegrías?

MANUEL.—Es verdad. María Antonia no se casó muy enamorada. Pero Pepe es un buen muchacho. Algunas ligerezas sin importancia...

ISABEL.—¡Ligerezas! Ligerezas como ésas han sido causa de que María Antonia no pueda ser nunca dichosa. Por eso me asustan las ligerezas; por eso quiero evitar que María Antonia pueda cometerlas. Ella tiene mucha confianza en usted... Usted es íntimo de Federico... Dígame usted con lealtad todo lo que usted sepa... Su amigo de usted, ¿le habla mucho de María Antonia?

MANUEL.—Eso sí; siempre. Está locamente enamorado.

ISABEL.—Pero ¿él espera...?

MANUEL.—¡Qué me pregunta usted! Yo sólo puedo aconsejarle bien, y para ello no tengo más que repetirle las reflexiones que tantas veces he debido hacerme a mí propio.

ISABEL.—Es verdad... Ese gran amor de su vida, al que todavía permanece usted fiel. Pues, en nombre de ese amor que sintió usted por la madre de María Antonia, y que fué todo adoración y respeto, ayúdeme usted

a proteger a la hija de la mujer que usted quiso tanto
MANUEL.—Y respeté siempre.
ISABEL.—Por eso pudo usted hacer del recuerdo de ese amor la religión de su vida. ¿No vale más así? Confío en usted; no puedo ocultarlo: tengo miedo por María Antonia; advierto en ella algo que me hace temerlo todo. Sea usted bueno conmigo; adviértame usted del menor peligro. ¡Mire usted que quiero a María Antonia como si fuera hija mía!
MANUEL.—Lo sé. Descuide usted. Federico no puede sospechar el interés que me lleva en este asunto, y se confía a mí por completo.
ISABEL.—Gracias, amigo mío, amigo bueno, amigo leal.
MANUEL.—Amigo de todo el mundo. ¡Siempre amigo! La gente vive a mi alrededor; todos aman, o luchan, o sufren..., y a mí me lo cuentan... Y así vivo.
ISABEL.—Con el recuerdo de ese gran amor... Ya es algo.
MANUEL.—No fué amor... Fué también una gran amistad.

ESCENA III

Dichos y María Antonia.

MARIA ANTONIA.—¿Secretean ustedes?
ISABEL.—Traes cara de fuga. ¿De qué se hablaba por allí dentro?
MARIA ANTONIA.—¡Qué sé yo! No me importaba. Manuel, no acabó usted de contarme esa historia, y era muy divertida.
ISABEL.—¿Qué historia?
MARIA ANTONIA.—De Federico Reinoso; rarezas suyas, locuras de artista.
ISABEL.—Ahora no va tanto por vuestra casa, ¿verdad?
MARIA ANTONIA.—No; tuvo una discusión con Pepe; una discusión de arte; se acaloraron... Pepe, cuando se acalora, no sabe lo que se dice.
ISABEL.—¿Pepe sólo?

MARIA ANTONIA.—Federico es un hombre muy bien educado, incapaz de una incorrección, ¿verdad Manuel? *(A Isabel.)* Tú le has tratado muy poco.

ISABEL.—En cambio, oigo hablar mucho de él.

MARIA ANTONIA.—¿Sí?... ¿A quién?

ISABEL.—A ti. Creo habértelo advertido ya. ¿Es que no te das cuenta? Pues mira que puede ser que no sea yo sola quien lo haya notado.

MARIA ANTONIA.—No será Pepe. Pepe, que seguramente andará como un Otelo cuando se trata de alguna de esas princesas de teatro. Tratándose de su mujer, como todos los maridos, le parezco tan insignificante, que no se preocupa por nada; le dirían que cualquiera estaba enamorado de mí, y no lo creería.

MANUEL.—Exagera usted. ¿Verdad que exagera?

MARIA ANTONIA.—Sí, sí, sí... Me abruman las pruebas de cariño, de consideración. Soy muy dichosa, ¡muy dichosa! ¿No ha notado usted lo alegre y lo comunicativa que he estado toda la noche?

MANUEL.—Al principio, sí. Yo le pregunté a Isabel: "¿Qué le ocurre a María Antonia, que está tan contenta?"

MARIA ANTONIA.—¡Contentísima!

ISABEL.—Era alegría nerviosa, esa falsa alegría con que tratamos, más que de engañar a los demás, de engañarnos a nosotros mismos, en el primer instante de una gran tristeza. Las grandes tristezas son así: se clavan tan hondo, tan hondo, en el corazón, que parecen perdidas, y el mismo corazón no las siente, con asombro nuestro; pero dura poco el engaño; están bien clavadas para toda la vida: primero es llanto, quejas, rabia quizá; después... es la resignación, una sonrisa; una sonrisa triste, dolorosa, como una herida abierta siempre.

MARIA ANTONIA.—Isabel sabe de esas tristezas y de esas sonrisas. *(Se oye reír dentro.)*

MANUEL.—¡Qué divertidos!

MARIA ANTONIA.—Algún éxito de papá. Está ocurrentísimo. Mírenle ustedes, mírenle ustedes, rodeado de todas ellas, y todas en adoración ante él. Desde Carmen, la que debió ser modelo de esposas si no hubiera tropezado con papá en su camino, y Laura, tan calculadora y tan mesurada, y la recién casadita, que, aunque

es algo loca, no lleva más que dos meses de casada..., ya ven ustedes; hasta Luisa, recién salida del cascarón, con su primer vestido largo, ahí la tienen ustedes extasiada ante el eterno don Juan. Hay para pintar un cuadro, un cuadro simbólico. Es lo que yo le digo a Isabel: "De lo que le ocurre a papá con las mujeres, no tiene él toda la culpa".

MANUEL.—No; créanlo ustedes. Eso de enamorar es un don, algo genial. Tengan ustedes por seguro que los mayores conquistadores son los que ponen menos de su parte por serlo. ¿Recuerdan ustedes aquello de don Juan: "... Uno para enamorarlas, otro para conseguirlas..." A mí no me digan: eso no es natural; para eso hay que llamarse Tenorio; a don Luis ya debían costarle el doble las conquistas..., y al Capitán Centellas y Avellaneda, ¡no digamos!; ésos tienen traza de no haber enamorado a nadie en su vida; por eso se entretienen en apostar por los amigos. Yo siento mucho estos papeles.

ESCENA IV

Dichos, Carmen, Laura, Josefina, Luisa, Gonzalo, Ramón y Adolfo.

LAURA.—Venimos huyendo de tu marido. Nos ha escandalizado.

MARIA ANTONIA.—Ya veo que huyen ustedes; pero con él...

LAURA.—Es que aquí no se atreverá a repetir lo que nos ha dicho. ¡Qué hombre! Verdad es que cuando se dicen las cosas bien, todo puede decirse.

MARIA ANTONIA.—Y aun cuando se digan mal; cuando parece bien el que las dice, todo puede escucharse.

JOSEFINA.—Tiene la mar de gracia. Yo me he reído los imposibles.

MARIA ANTONIA.—*(A Manuel.)* Menos mal que no ha dicho las tripas.

ADOLFO.—Oye, Josefina, ¿te parece el momento de

anunciar mis imitaciones de artistas de París o algún monólogo o "petite fantaisie"?

JOSEFINA.—De ningún modo. Esta gente es muy seria. No descuides a la señora de la casa; su simpatía puede importarnos mucho; dile algún cumplimiento sobre su "toilette".

ADOLFO.—Los he agotado todos.

JOSEFINA.—Y procura intimar con don Ramón. ¿No dices que era tan amigo de tu papá? Pues no lo parece. Ha estado muy poco expresivo contigo, y cuando le pedí que influyera en tu favor, me contestó de un modo...

ADOLFO.—"Hélas! Ma petite femme!" Me parece que nuestras ilusiones...

JOSEFINA.—¡Cállate ya!... Sería lo primero que yo me propusiera... Tú déjame a mí.

ADOLFO.—Sí, te dejo; sí, te dejo. *(Siguen hablando.)*

GONZALO.—*(A Carmen.)* Procure usted convencer a Ramón de que no hay inconveniente en conceder ese puesto a este chico. Se trata del porvenir de un matrimonio enamorado. Todos podemos contribuir a su felicidad, usted que es tan buena...

CARMEN.—Se lo ruego a usted, Gonzalo; con usted no es posible saber nunca si habla usted en burlas o en veras; pero burlas o veras, no pretenda usted mi complicidad en sus combinaciones. Yo sólo puedo decirle a usted que hace usted mal, Gonzalo, hace usted mal, ahora... y siempre.

GONZALO.—¿No perdonará usted nunca?

CARMEN.—Lo he perdonado todo. Yo sí que no puedo perdonarme. A pesar mío, debí seguir tratando a usted como amigo, porque no estamos solos en el mundo, y cuando se casó usted con Isabel, para considerarme algo menos indigna de su amistad creí que debía confesárselo todo. Aunque no fué en su ofensa, bastaba para que me hubiera cerrado las puertas de su casa, justificando con todo el mundo el motivo, o exponiéndome a no poder justificarlo... Pero supo perdonarme o compadecerme, a lo menos, y cree usted que puedo corresponder a su generosa lealtad con la sombra inquie-

ra de una traición que Isabel no merece de nadie, de usted y de mí mucho menos.

GONZALO.—Pero ¿quién dice que es una traición lo que yo propongo? ¿O es que la amistad de Isabel le hace a usted participar de sus celos?

CARMEN.—¡Oh! Sí; tiene usted derecho a creerlo. ¿Por qué ha de parecerle a usted más verdadero el arrepentimiento de ahora que la virtud de entonces?

GONZALO.—No he querido ofender a usted.

CARMEN.—Lo supongo. No es usted tan cruel. Piense usted que aún no he llorado bastante a solas, para que no me cueste mucho todavía contener mis lágrimas delante de todos.

ADOLFO.—*(A Luisa.)* Mandaré a pedir esos valses y todo lo que usted quiera.

LUISA.—Para destrozarlos, porque ya ha visto usted que soy una calamidad.

ADOLFO.—Será falta de estudio, de práctica, porque tiene usted condiciones... ¡Oh, sí! Condiciones de gran pianista: tiene usted dedos, tiene usted corazón, siente usted la música; no le falta a usted más que aprovecharse de todo eso... y tocar. Y la música es la medicina del alma; cuando está uno triste, no hay nada que consuele como la música. Si no hubiera sido por la música, yo no hubiera podido soportar mis amores con Josefina... ¡Cuántas contrariedades! Todos se oponían a nuestro amor..., una novela, señorita. Nuestras familias, Capuletos y Montescos...; nosotros, Romeo y Julieta. Hubo día en que pensamos morir como ellos para que nos sepultaran en la misma tumba.

LUISA.—¿Sí? ¡Qué felices serían ustedes!

ADOLFO.—¿Usted no ha amado nunca, señorita?

LUISA.—Nunca, nunca. ¿No ve usted que papá me espanta a todos los pretendientes? En seguida les pregunta con qué cuentan, y los más simpáticos son precisamente los que no cuentan con nada. En cambio los que tienen dinero y quieren casarse en seguida, ya se sabe, todos tontos de capirote.

GONZALO.—*(A Isabel y María Antonia.)* Vosotras, ¿no queréis venir al teatro? Hemos pensado ir a ver esa pieza nueva que ha gustado tanto. A Josefina y Adolfo

les divertirá mucho, es muy española; cantan y bailan jotas y tangos.

ADOLFO.—¡Oh! ¡Ya lo creo! La música y las danzas españolas me entusiasman. Nosotros hemos sido siempre españoles de corazon. En París yo siempre que iba a un baile "masqué"..., ya se sabe, de torero.

MANUEL.—¿De toreador?

ADOLFO.—¡Ah! Un traje precioso, auténtico, de peluche "rose", "paillette" de oro y verde, el fígaro con claveles bordados, el sombrero redondo con su cocarda roja, embozado en mi gran capa española, y en la faja mi gran espada para matar al toro.

MARIA ANTONIA.—*(A Josefina.)* ¿Y usted?

JOSEFINA.—Yo, de Carmen.

MARIA ANTONIA.—¿Con la navaja en la liga?

JOSEFINA.—No; no se hubiera visto. En el peinado, un cuchillo precioso atravesado en el pelo, así, entre dos peinas, con la hoja brillante abierta y un letrero grabado que decía: "¡Tu corazón!"

RAMON.—¡Anda, salero!

ADOLFO.—También decía eso, ¡anda salero! Se lo escribiría a usted papá.

RAMON.—Sí. No tenemos que escribirnos otras cosas cuando nos escribimos.

GONZALO.—Si hemos de ir al teatro... *(A Isabel.)* Tú has dicho que no quieres venir, ¿verdad?

ISABEL.—Sí, ya lo has oído.

MARIA ANTONIA.—*(Baja a Isabel.)* Sí, ya lo ha oído..., pero tú no se lo has dicho.

ISABEL.—*(A Josefina.)* Ustedes perdonarán... Sería despedir a estos amigos.

GONZALO.—*(A Ramón.)* ¿Si quieres acompañarnos?

RAMON.—Nosotros, no. Yo tengo que pasar un instante por el Casino; vosotros podéis acompañar un rato más a Isabel; en seguida os mandaré el coche.

LAURA.—Yo también me retiro; tengo que madrugar mucho. ¡La de cosas que debo hacer mañana!

MANUEL.—¿Sí? Dígame usted el itinerario para hacerme el encontradizo.

LAURA.—¿Piensa usted madrugar?

MANUEL.—Pienso no acostarme.

LAURA.—Pues verá usted. Tengo que ir al Banco a firmar.

MANUEL.—Allí no me encontrará usted. Sería inverosímil.

LAURA.—Después a una Junta; después a la sopa.

MANUEL.—Allí puede que me encuentre usted el mejor día..

LAURA.—Después... ¡Ay! Digo que ya debía haber ido hoy a llevar a San Antonio la participación que le ofrecí en un décimo de la lotería.

MANUEL.—¿Le ha tocado a usted la lotería?

LAURA.—Nada, un premio chiquitín, treinta pesetas.

MANUEL.—¿Y qué le corresponde al santo?

LAURA.—Dos pesetas. ¡Pobre santo mío, es más bueno!...

RAMON.—Y de la última venta de acciones, ¿no le dió usted participación? Porque de eso sí le hubiera correspondido un buen pico.

LAURA.—No tomen ustedes a broma estas cosas.

RAMON.—Las acciones, ¿verdad?

LAURA.—No, señor; a los santos.

RAMON.—No, amiga mía; la que parece que los toma a broma es usted.

GONZALO.—Cuando ustedes quieran...

RAMON.—*(Despidiéndose.)* Isabel, siempre suyo.

ADOLFO.—Señoras, hasta muy pronto. El placer de visitar a ustedes es tan grande, que abusaremos de él con frecuencia.

JOSEFINA.—Acabarán ustedes por decir que somos unos pelmazos.

MARIA ANTONIA.—De ningún modo.

ADOLFO.—*(A Carmen y a Luisa.)* Señora, señorita..., encantado..., encantado... *(A Laura.)* Recibirá usted los figurines. *(A Luisita.)* Y usted los figurines y los valses.

GONZALO.—Carmen..., Luisita, muy buenas noches. Hasta luego, Isabel.

LAURA.—*(A Isabel.)* Tardaremos en vernos. En toda esta semana no se puede contar conmigo. ¿Usted se queda, Manuel?

MANUEL.—Un ratito todavía. *(Saludos, despedidas,*

etcétera, etc. Salen Laura, Josefina, Gonzalo, Ramón y Adolfo.)

ESCENA V

Isabel, María Antonia, Carmen, Luisa y Manuel.

MANUEL.—¿Dejamos que lleguen siquiera al portal para murmurar?

ISABEL.—No lo permito. Ya sabe usted que no me agrada.

MARIA ANTONIA.—¡Qué matrimonio! Estos son de los que vienen decididos a la conquista de Madrid y se salen con la suya. Ya lo verán ustedes. *(Pausa.)*

MANUEL.—¡Qué silencio!

LUISA.—Habrá pasado un ángel.

MARIA ANTONIA.—O un demonio... ¿Quién sabe? Cuando se calla tan a tiempo suele ser porque todos piensan en lo mismo, y no es preciso hablar para entenderse.

CARMEN.—Puede que tengas razón.

MARIA ANTONIA.—Yo dejo a ustedes.

ISABEL.—¿No esperas a Pepe? Decía en su carta que vendría a buscarte.

MARIA ANTONIA.—Sí, sí; puedo esperarle sentada. Sabe Dios a qué hora se descolgará. Y si viene y no me encuentra, mejor.

ISABEL.—Espera un poco. Sí vendrá.

MARIA ANTONIA.—No, no; por lo mismo. Además, estoy muy nerviosa, de muy mal humor. ¿Para qué voy a ocultarlo? Tengo una idea, y cuando yo tengo una idea, hasta que no la veo realizada...

ISABEL.—¿Qué será? ¡Dios mío! Me asustas.

MARIA ANTONIA.—Ya lo sabrás. Hasta..., hasta mañana, sí; hasta mañana, Carmen, Luisita...

ISABEL.—Que te acompañe Manuel.

MARIA ANTONIA.—¿Para qué? Si él está aquí muy a gusto, muy tranquilo...

MANUEL.—¡No faltaba más! Voy con usted, señora. Luisita, Isabel...

ISABEL.—¿Cumplirá usted su palabra?

MANUEL.—Descuide usted.

CARMEN.—Adiós, María Antonia; que se calmen tus nervios; no sabes lo que siento verte triste.

MARIA ANTONIA.—Lo sé... Adiós, adiós... ¿Vamos?

MANUEL.—Cuando usted quiera. *(Salen los dos.)*

ESCENA VI

Isabel, Carmen y *Luisa.*

CARMEN.—¡Pobre María Antonia! Son las primeras desilusiones de su matrimonio.

ISABEL.—Las más tristes, las más crueles. Nosotros sabemos algo de ésto, ¿verdad? Luisita nos escucha asustada. No te asustes, eres muy niña; por mucho que te advierta nuestra experiencia triste, no perderás ahora ninguna de tus ilusiones, no evitarás después ningún desengaño. Nadie aprende a vivir por la experiencia ajena. Lo mismo que tú a nosotras, oímos nosotras a nuestras madres, y nuestras madres oirían a las suyas, y todas entregamos el corazón enamorado con la misma fe y las mismas ilusiones. La vida sería aún más triste si al empezar a vivir supiéramos ya que sólo vivíamos para renovar el dolor de los que vivieron antes.

LUISA.—María Antonia no debió casarse con Pepe; para ser feliz sólo debe una casarse muy enamorada. Yo no me casaré de otro modo: con un hombre a quien yo quiera con toda mi alma, que me quiera lo mismo, y entonces, ¿qué razón habrá para que no seamos muy felices? Como lo hubiera sido María Antonia si se hubiera casado con Enrique. ¡Pobre hermano mío! Fué una locura de los dos; yo no he podido comprender todavía por qué dejaron de quererse. Supongo que la culpa fué de Enrique. Alguna ligereza suya que María Antonia no quiso perdonar.

CARMEN.—Calla, hija mía... No sabes cómo me atormenta...

ISABEL.—¿Y qué dice Enrique? ¿Qué les escribe a ustedes?

LUISA.—Escribe muy triste. ¡Papá le despidió con

tanta severidad! Es muy severo con todos nosotros. Cree que no le queremos bastante.

CARMEN.—Ramón es muy bueno; pero cree que no puede darnos mayor prueba de cariño que trabajar sin descanso para enriquecernos. Cuando rechaza con mal humor una caricia de sus hijos, porque está preocupado con algún negocio, quisiera que sus hijos agradecieran el mal humor, porque representa unos cuantos miles que gana para ellos.

LUISA.—No sabe agradecer que el corazón no sepa tanto de cuentas.

CARMEN.—A mí también llegaron a parecerme odiosas. Después, a costa de muchas tristezas, ya sé que si el cariño verdadero existe, sólo está en esa prosa de la vida, y entre su aridez y vulgaridad hay que saber encontrarlo, si no queremos llorar toda la vida algún error irreparable.

ISABEL.—Los hombres, siempre egoístas, siempre indiferentes a nuestros sentimientos... Pero estamos asustando a Luisita; esta noche vas a soñar con algún matrimonio desgraciado, como cuando somos chicas y hemos oído cuentos de ladrones o fantasmas. No; no hagas caso de nosotras, no te preocupes; son cuentos de viejas... ¡Ah! Pepe cumple su palabra, y María Antonia, que no quiso esperarle...

ESCENA VII

Dichos y Pepe.

PEPE.—¿Cómo va, Carmen? ¡Luisita, estás guapísima! ¿Y María Antonia?

ISABEL.—Creyó que no venías... Dijo que tenía mucho sueño y no quiso esperarte.

PEPE.—Sí. Habrá estado de un humor toda la noche...

ISABEL.—Nerviosilla. ¿Y esa lectura, era tan interesante?

PEPE.—No; no era interesante, no lo preguntes con intención; pero era un compromiso de amistad... María Antonia no se hace cargo de nada.

ISABEL.—Y los hombres tampoco os hacéis cargo de nada. No es que yo dé la razón a María Antonia; pero hemos de hablar los dos. Por primera vez, sin título absoluto para ello, voy a sentirme suegra.

PEPE.—En otra ocasión, porque ahora voy corriendo a casa; quiero que María Antonia sepa que he venido temprano.

ISABEL.—Espera un momento. No será larga la conferencia.

CARMEN.—¿Quiere usted preguntar si ha vuelto nuestro coche?

ISABEL.—No es secreto, no se retire usted por eso; ustedes son de la familia... Porque estén ustedes delante no he de hablar menos seria con Pepe, ni él ha de oírme con menos paciencia.

CARMEN.—Por lo mismo que hay confianza entre nosotros dejamos a ustedes. Que la reprensión no sea tan pública y que sea más severa. *(Isabel llama y sale un Criado.)*

ISABEL.—¿Sabe usted si espera el coche de la señora?

CRIADO.—Sí, señora; llegó hace un rato.

CARMEN.—Adiós, entonces... Isabel... Pepe..., tenga usted la seguridad de que será por su bien cuanto Isabel le diga.

PEPE.—No lo dudo, señora... Si María Antonia fuera como ella...

CARMEN.—Cierto; si todos fuéramos como ella...; pero ¡quién sabe las lágrimas que le ha costado ser como es!

LUISA.—Isabel...

ISABEL.—Adiós, hija mía... Y perdona si hemos empañado un poco el cielo de tus ilusiones. Es que hoy había nube. *(Salen Carmen y Luisa.)*

ESCENA VIII

Isabel y Pepe.

PEPE.—¿Qué ha dicho María Antonia? ¿Qué dice de mí? ¿En qué motivos se funda su disgusto?

ISABEL.—No dice nada; no funda su disgusto en ningún motivo particular... Es inquietud, presentimiento de algo que tú mismo has de confesar, que todos hemos tenido motivos para conocer, y tu mujer antes que todos.

PEPE.—Pues no hay razón, todos estáis equivocados.

ISABEL.—¡Bah, Pepe! Fingimientos conmigo... Di que te importe más o menos; que por la importancia que tú le des juzgas la que debe darle tu mujer y debemos darle los demás; pero no digas que no hay algo y que tu vida no ha variado por completo de algún tiempo a esta parte. La mejor cualidad que tenéis los hombres es que no sabéis fingir; la vanidad hace siempre traición a vuestra prudencia y aun a vuestro interés. La mujer más humilde podía ser enamorada de un rey, y es posible que nadie lo supiera por ella; ¡pero desdichada la reina enamorada de un hombre cualquiera! El se encargaría de contárselo a todo el mundo, aunque le fuera la vida en ello.

PEPE.—Si tienes esa opinión de nosotros...

ISABEL.—En serio, Pepe... Si el cariño no sacrifica nada, ¿en qué podemos distinguirlo de la indiferencia? Yo sé bien que para los hombres, sin propósito de vuestra parte, hay siempre mil ocasiones de aventuras, en las que no ponéis nada de vuestro corazón...; pero atormentáis el de la mujer que os entregó el suyo por entero, con todas sus ilusiones, para toda su vida. Los hombres os creéis muy seguros de vosotros mismos; antes de emprenderlas, ya fijáis el límite a vuestras aventuras de amor y pretendéis que esa seguridad sea también la nuestra; pero del corazón no puede responderse nunca, es peligroso jugar con él, ni con el propio ni con el ajeno. Resignarse es muy difícil, lo sé por experiencia... y acaso no es virtud, es temperamento; pero hay quien no se resigna y protesta y lucha..., y ya te lo dije, con el corazón no se debe jugar, es muy peligroso.

PEPE.—Pero ¿cómo podría yo convencerte? ¿Quién puede haberte dicho...?

ISABEL.—¡Pobre Pepe! Pero ¿crees que a mí puedes engañarme? Al lado de mi Don Juan, el que yo tengo...,

¿qué valen tus recursos ni tus protestas? Y sólo con mirarle a la cara leo de corrido en su pensamiento.

PEPE.—¿Y crees tú que todos somos lo mismo? Empiezo a sospechar que eres tú quien pone en cuidado a María Antonia.

ISABEL.—Si eres capaz de creerlo, te aseguro que no volveré a decir una palabra. Me intereso por vuestra felicidad, quise avisarte a tiempo. ¿No lo agradeces?... Bien está. ¿Qué es eso, María Antonia?

ESCENA IX

Dichos y María Antonia.

PEPE.—¡María Antonia! ¿Qué significa?

ISABEL.—¿Cómo vuelves?

MARIA ANTONIA.—No quería que me encontrases en casa, pero me alegro de encontrarte aquí. ¿No me esperabas? Ya te dije tenía una idea, y que no dormía tranquila hasta salir con ella... Mira... *(Arrojando unas cartas y unos retratos.)* Ya sabes lo que es, ya lo conoces...

PEPE.—¡María Antonia!

ISABEL.—¿Qué has hecho?

MARIA ANTONIA.—Ahora, niega; ahora dí que son mis nervios de niña mal criada; ahora dí que no es posible soportarme, que no te dejo vivir. ¿Qué más vida quieres? Mira..., mira... retratos, cartas... ¡Qué caprichosos todos! ¡Qué bonitos!

PEPE.—¡Qué locura! Si eso quiero: que Isabel se entere de todo; que juzgue si hay motivo para esta escena de celos de sainete. ¿Unas cartas? Muy interesantes... Cartas que se le escriben a cualquiera, a un amigo...; cartas de una artista..., retratos de artistas.., porque no es una sola ni de una sola persona.

MARIA ANTONIA.—Sí, sí; pero no todos son lo mismo.

PEPE.—Creerás que tienen mucho valor para mí estos tesoros. Antes de ahora lo hubieras visto si no hubiera estado seguro de que antes, como ahora, creerías lo mismo.

MARIA ANTONIA.—Si no hubiera podido ver nada ni antes ni ahora, no tenía que creer nada. ¡Que las cartas no dicen nada! ¡Ya lo creo!... Lee cualquiera, ésta... "Como te dije ayer..." Otra... "Como ya sabes..." Y aquí... "Como quedamos ayer..." Cada carta supone una entrevista, y, es claro, para qué decir nada si estaba todo dicho. ¡Si no tienen nada de particular!

ISABEL.—¿Quién sabe?

PEPE.—Por eso las guardaba yo, y muy bien, cuando tan fácilmente has dado con ellas, entregándote, por lo visto, a la tarea de descerrajar mis muebles, con ayuda de algún criado tal vez, para mayor discreción.

MARIA ANTONIA.—Nunca me olvido del respeto que me debo a mí misma. Me basto yo sola para averiguar lo que tengo derecho a saber de cualquier modo.

PEPE.—Y yo me alegraría si fuera para saber la verdad y para creerla, no para inventar lo que sólo existe en tu imaginación.

MARIA ANTONIA.—Sí; he soñado... Nada de esto es verdad; es que estoy loca, son los nervios; por eso he decidido ponerme en cura, y vengo aquí a buscar tranquilidad, y reposo, y olvido, sobre todo.

PEPE.—Sí; te ha faltado tiempo para venir aquí a dar el espectáculo. ¿Qué dirá tu padre? ¿Qué dirá Isabel? ¿Qué dirá todo el mundo?

MARIA ANTONIA.—Sólo debías pensar en lo que yo digo. Y yo te digo que no vengo aquí a dar espectáculo de ningún género, sino, al contrario: a no dar ninguno, a quedarme aquí muy tranquila como si nada hubiera pasado, como si nunca nos hubiéramos visto, como si todo esto lo hubiéramos soñado. ¿Entiendes?

ISABEL.—¡María Antonia!

PEPE.—¿Qué estás diciendo? Pero ¿tú crees que eso es posible?

MARIA ANTONIA.—Lo veremos.

PEPE.—Claro está que lo veremos. ¿Puedes consentir que nos pongamos en ridículo ante tus padres, ante todo el mundo? Si por suposiciones fuera, yo también podía haber supuesto que, cuando un íntimo amigo mío se atreve a declararse a ti, es porque algo podía justificar ese atrevimiento.

MARIA ANTONIA.—¿Oyes qué infamia?

ISABEL.—¡Por Dios, Pepe! ¿Qué dices?

PEPE.—No; si yo no he creido, ni puedo creerlo. Hallé un pretexto para distanciarle de mi amistad, sin que a nadie pueda extrañarle, y no dirás que me di por entendido de nada, ni que te ofendí nunca con la menor sospecha, como haces tú conmigo.

MARIA ANTONIA.—¡No faltaba más! No estamos en el mismo caso.

PEPE.—No lo sabemos. No es cuestión de motivos; es cuestión de prudencia.

MARIA ANTONIA.—Pero ¿te atreves a decir...? ¡Oh! ¡Qué infamia, qué infamia! Se atreve a decir que podía haber sospechado de mí... Y callaste por prudencia, ¿verdad? Pues esa prudencia es una prueba más de tu cariño..., porque, ya ves, yo no puedo callar: yo soy más imprudente.

ISABEL.—¡Por Dios, María Antonia!

MARIA ANTONIA.—Hemos concluido; que me deje...; que se vaya...; yo me quedo aquí, en mi casa..., con mi padre..., contigo..., contigo, sobre todo. ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

ISABEL.—No por mí, ¡por tu madre te lo suplico: reflexiona! No puede ser.

PEPE.—No; es inútil. Estaba previsto: era lo que buscaba, un escándalo.

MARIA ANTONIA.—Sí; he sido yo...; ¡son mis nervios, mis nervios!

ISABEL.—¡Silencio! Vuelve tu padre...; por lo que más quieras, que no se entere; que no sepa... Pepe, ¡por Dios! ¡María Antonia!, que no os vea, si no sois capaces de disimular.

PEPE.—Yo, por mí...

MARIA ANTONIA.—Sí, sí; lo seré. Sabré fingir; ¡será por tan poco tiempo!...

PEPE.—Sí; mañana espero que podremos hablar con tus padres con más tranquilidad.

ISABEL.—Sí; mañana, mañana. ¡Por Dios, seca esas lágrimas!

ESCENA X

Dichos y Gonzalo.

GONZALO.—¡Hola, hola! ¿Todavía por aquí?

PEPE.—Sí; ya nos íbamos; es muy tarde; esperamos un poco por despedirnos de ti.

GONZALO.—Me fuí al teatro con el matrimonio de París, por acompañarles... ¿Y esa lectura?

PEPE.—¡Pschl... No puede juzgarse por una lectura.

MARÍA ANTONIA.—Hasta mañana, Isabel; adiós papá.

GONZALO.—¿Pasó ya el nublado?

MARÍA ANTONIA.—Sí; ya pasó todo.

GONZALO.—Tienes ojos de haber llorado... Las lágrimas del perdón...

MARÍA ANTONIA.—Sí..., o del arrepentimiento.

PEPE.—¿Piensas salir temprano mañana?

GONZALO.—No. ¿Por qué?

PEPE.—Para venir a verte. Isabel..., ¿piensas decirle algo?

ISABEL.—No lo sé; ahora no puedo pensar en nada... ¡Por Dios, Pepe!... María Antonia, ¡ten prudencia!; yo iré a verte mañana temprano. *(Salen Pepe y María Antonia.)*

ESCENA XI

Isabel y Gonzalo.

GONZALO.—¿Qué?... Hubo escena, ¿verdad?

ISABEL.—No; como siempre... ¿Qué tal el teatro? ¿Se han divertido esos señores?

GONZALO.—Mucho. La música es bonita; muy agradable. A ella le ha encantado, ¡naturalmente!... ¡Bailan un tango!...

ISABEL.—Josefina habrá llamado la atención. Estaba muy guapa y muy bien vestida.

GONZALO.—Sí, todo el mundo miraba al palco. Ya sabes: en Madrid, cuando se ve una cara nueva...

ISABEL.—Y si la cara vale la pena...

GONZALO.—Voy a mi despacho a escribir unas cartas, antes de acostarme... Mañana tengo que madrugar.

ISABEL.—Pues no escribas esta noche.

GONZALO.—No tendré tiempo mañana. ¡Ahora que me acuerdo: le dije a Pepe que no saldría temprano y tengo que salir!

ISABEL.—¿Para qué?

GONZALO.—Para ver a Ramón antes de la junta.

ISABEL.—Sí; para convencerle de ese nombramiento.

GONZALO.—Y para otros asuntos... Voy a escribir esas cartas. *(Entra en el despacho.)*

ISABEL.—¡Oye!...

GONZALO.—*(Dentro.)* ¿Qué quieres?

ISABEL.—Nada, nada... *(Isabel llama y entra un Criado.)* Avise usted a Lucila que vaya a mi cuarto. Voy a acostarme. *(Gonzalo canta dentro.)* ¡Estás muy alegre!

GONZALO.—Es esa musiquilla que sin querer se pega al oído.

ISABEL.—Pero no será así, porque sería horrible.

GONZALO.—Es que ya sabes el oído que yo tengo. *(Sigue cantando.)*

ISABEL.—Nada, lo dicho; que estás muy alegre.

GONZALO.—Y ¿sientes que esté alegre?

ISABEL.—No..., no... Tú sabrás por qué estás alegre. *(Pausa. Isabel rompe a llorar. Gonzalo aparece de pronto e Isabel al verle procura serenarse.)*

GONZALO.—Oye, Isabel; se me olvidaba decirte una cosa...

ISABEL.—¿Qué?... ¿Qué quieres?

GONZALO.—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? Estabas llorando: ¿qué tienes?

ISABEL.—Nada, nada. No quería decírtelo, pero María Antonia está muy disgustada: está celosa; sabe que Pepe...

GONZALO.—¡Bah!... ¡Qué tontería! ¿Quién hace caso? Nervios de niña mimada.

ISABEL.—Es que... no sabes...

GONZALO.—Ni ahora quiero saber nada. Tengo que escribir cartas de negocios y no puedo preocuparme por esas menudencias... Además, te lo he dicho: estoy muy alegre y no quiero ponerme triste.

ISABEL.—Haces bien; cuando se está alegre...

GONZALO.—Pero ¿qué te pasa? ¡Dichosos nervios! En seguida escribo esas cartas y me dirás todo lo que quieras... Hasta luego. *(Entra en el despacho.)*

ISABEL.—*(Desde la puerta.)* Hasta mañana.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

Isabel, Carmen, Laura, Luisa y Gonzalo.

ISABEL.—Nada, no sales; convénzanle ustedes, ayúdenme ustedes.

LAURA.—De ningún modo, no debe usted salir.

CARMEN.—Es una locura.

GONZALO.—Pero si me encuentro perfectamente y voy en coche y muy abrigado.

ISABEL.—Pero ¿qué tienes que hacer?

GONZALO.—Debo ir a las oficinas.

ISABEL.—¿Para qué? Ya sabes lo que te dijo Ramón que no hacía ninguna falta que fueras.

CARMEN.—Ramón le tendrá a usted al corriente de todo. ¿Quedó en venir hoy? ¿No viene todos los días?

GONZALO.—Sí; pero es muy molesto para él, que ya tiene bastantes ocupaciones.

LAURA.—Vaya, no sea usted pesado. Es usted peor que un chico; si no está usted bueno todavía. Tiene usted mala cara.

ISABEL.—¿Verdad que sí? Y está muy débil, no se alimenta.

LAURA.—¿Y quiere usted salir? Fuera ese abrigo, venga el sombrero, ¡se acabó!; quietecito en casa. Y si se pone usted pesado, le acostamos a usted a la fuerza.

GONZALO.—Como ustedes quieran. No porfío.

LAURA.—¡Pues está bueno el día! Yo he tenido que hacer mi visita a los pobres y creí que me llevaba el aire

ISABEL.—El doctor le ha dicho que no debe salir todavía.

LAURA.—Mire usted que hay una de pulmonías embozadas... Es una de morirse gente conocida. .

GONZALO.—Pues si se muere tan buena gente... ¿Y qué es lo que más se lleva ahora para morirse?

LAURA.—No bromee usted con esas cosas. ¿Y dices que no se alimenta?

ISABEL.—Nada. No sé cómo puede tenerse...

LAURA.—Eso no puede ser. Ahora mismo va usted a tomar cualquier cosa. ¿Qué le apetece a usted?

GONZALO.—Pero, querida amiga...

LAURA.—A la fuerza. *(Toca el timbre y entra un Criado.)* Usted dirá lo que pido.

ISABEL.—No; ahora debía tomar unas píldoras que le han mandado y tampoco quiere tomarlas.

LAURA.—¿Que no? Vengan acá esas píldoras.

GONZALO.—Pero Laura...

LAURA.—Abra usted la boca; ¿cuántas debe tomar?

ISABEL.—Dos.

LAURA.—Tome usted tres. Vamos, abra usted la boca; una, dos...

GONZALO.—Que me ahogo.

LAURA.—¡Agua, agua!

LUISA.—¡Agua pronto! ¡Que se ahoga!

GONZALO.—¡Por Dios, no alarmen ustedes; ya pasó!

LUISA.—¡Ay, qué susto!

LAURA.—Ahora, la otra...

GONZALO.—No; basta ya. Muchas gracias.

LAURA.—No dirá usted que no le cuidamos.

GONZALO.—Lo agradezco.

LAURA.—Y cuidado que no merece usted el interés... ¡Si nos hubiera usted visto el día del arrechucho!...

LUISA.—Lloramos por usted como si se hubiera usted muerto.

LAURA.—Mucho más.

GONZALO.—Son ustedes muy buenas conmigo.

LAURA.—Yo hice un ofrecimiento. No se lo digo a usted porque se va usted a reír.

LUISA.—Y yo otro.

ISABEL.—¡Pobre Luisita! ¿Qué ofreciste?

LUISA.—He ofrecido no ir al teatro en todo lo que queda de este mes.

CARMEN.—Y no nos ha dicho nada. Su padre estaba muy preocupado porque anoche no quiso venir al Real.

LAURA.—Yo he ofrecido más que eso. He ofrecido hacer las paces con mi cuñada Vicenta, con la que hace seis años que no me hablo. Y bien sabe Dios que es el mayor sacrificio que puedo hacer, porque las paces serán para reñir más fuerte a los dos o tres días.

GONZALO.—¿Y por mí va usted a tener ese disgusto? Y su pobre cuñada sin ofrecerlo.

LAURA.—Que se aguante. Es una tarasca. A mi pobre hermano le mató a disgustos.

CARMEN.—*(A Isabel.)* ¿Está usted más tranquila?

ISABEL.—Sí; el médico asegura que no ha sido nada.

LAURA.—Ahora debe usted descansar una temporada en un clima templado; en Málaga, en Niza... Si se deciden ustedes por Niza, les acompaño a ustedes. No le conozco, y su casino de Montecarlo con su ruleta me seduce.

ISABEL.—¡Por Dios, Laura! ¿Sería usted capaz...?

LAURA.—¿De probar fortuna? ¡Ya lo creo!

CARMEN.—*(A Isabel.)* ¿No ha hablado usted con Ramón?

ISABEL.—No; ¿por qué?

CARMEN.—Tenía que decirle a usted algo.

ISABEL.—¿Referente a...?

CARMEN.—Sí; no tardarán en volver a París.

ISABEL.—¿Cree usted?...

CARMEN.—Era lo natural, después del escándalo. Debe usted estar muy contenta. Ha concluído del mejor modo posible. Porque, créalo usted, esa mujer es de mucho cuidado.

ISABEL.—¿Quién sabe todavía?... Nunca he visto a Gonzalo tan preocupado... Si era una verdadera pasión.

CARMEN.—No lo crea usted.

LAURA.—*(A Gonzalo.)* Se sabe todo. Estaba usted enamorado como un colegial. Paseítos por la Moncloa y la Casa de Campo..., un dineral en regalos... Todas mis amigas le han visto a usted de tiendas en esta temporada... Joyerías, floristas, confiterías... ¿También era go-

loza? En fin, hasta le han visto a usted comprar una pandereta con toreros y madroños.

GONZALO.—¡Cuando la gente da en hablar! Como si fuera raro en mí andar de compras como éstas... Encargos de corresponsales o amigos del extranjero; a lo mejor piden cosas de España para un regalo, para un recuerdo...

LAURA.—Así se explica lo de la pandereta y hasta que enviara usted un par de banderillas. Pero ¿encargar joyas y flores a Madrid?...

GONZALO.—Yo tengo que obsequiar a mucha gente. Hoy es la hija de un corresponsal que se casa, mañana la mujer de otro a quien debo agradecer atenciones.

LAURA.—Pues, amigo mío, debe haber sido una temporada de bodas y de agradecimientos, que a pocas como ésta le dejan a usted arruinado.

GONZALO.—Pero ¿qué ha oído usted? Vamos a ver. Me interesa saberlo por usted, porque usted oye a mucha gente y oye usted muchas cosas.

LAURA.—Esta vez todas las versiones concuerdan; la campanada ha sido mayúscula.

GONZALO.—¡Habladurías! ¿Qué sabe usted?

LAURA.—Que el marido, colocado por usted en las oficinas de la Sociedad, abusaba de la protección de usted con sus subalternos; que uno de ellos, harto de aguantarle los humos, se descaró un día y allí salió la historia a relucir, con gran regocijo de todos... Se temió que hubiera lances de honor. Usted pasó el disgusto consiguiente, ella es de suponer que también lo tendría... El marido no debió disgustarse mucho, porque no se sabe que haya tomado mejor determinación que renunciar el cargo, y aun eso por consejos muy reiterados y muy expresivos de la Junta de accionistas, de su amigo de usted Ramón, sobre todo. ¿Tiene usted algo que rectificar? ¿No es ésa la historia?

GONZALO.—Por esta vez no está muy falseada

LAURA.—Y su pobre mujer...

GONZALO.—No sabe nada.

LAURA.—O usted quiere figurárselo para tener un remordimiento menos. ¡Qué hombres! ¡Qué mundo! ¡Dichosa la hora en que no me casé!...

GONZALO.—Pero, ¿fué cuestión de una hora?

CARMEN.—Acércate, Luisa. ¡Pobrecilla! Anda de un lado para otro.

LUISA.—Comprendí que no debía escuchar lo que hablaban ustedes, me acerqué allí y comprendí que tampoco debía escuchar... ¿Cuándo tendré una edad para oírlo todo?

LAURA.—Cuando menos te importe, porque ese día ya no tendrás que oír nada nuevo...

ESCENA II

Dichos y Ramón.

RAMON.—Veo que está bien asistido el convaleciente.

GONZALO.—¿Asistido? Secuestrado. No me dejan salir, quería haber ido a la oficina.

RAMON.—Eso no; toma esas cartas que he recogido para ti. Laura, usted perdone, no saludé al entrar. ¿Recibió usted el anuncio que me pidió del nuevo empréstito? Se lo envié a usted en seguida.

LAURA.—Sí, muchas gracias. Era por curiosidad nada más.

RAMON.—No creo que le convenga a usted. *(A Isabel.)* ¿Qué ha dicho el médico?

ISABEL.—Ya le ha dado de alta; pero con este tiempo no debe salir todavía.

RAMON.—¡Claro que no!

CARMEN.—Ya que ha venido Ramón y está usted acompañado, le dejamos a usted.

GONZALO.—Acompañen ustedes a Isabel. Nosotros pasamos a mi despacho.

CARMEN.—No; Isabel ha dicho que sale también.

GONZALO.—¿Tú?

ISABEL.—Quiero ir un momento a casa de María Antonia; estoy intranquila; ayer mandó recado de que estaba enferma, y como hoy no ha venido, ni Pepe tampoco..., ya que Ramón te acompaña...

GONZALO.—Sí, sí; vé si quieres. Pero no creo que les ocurra nada... Hubieran avisado.

LAURA.—Salimos juntas. Le deseo alivio por completo.

GONZALO.—Descuide usted. La convalecencia se presenta muy franca.

LAURA.—Así sea, y que no tenga usted una recaída, que son muy peligrosas.

CARMEN.—Gonzalo...

GONZALO.—Adiós, Carmen. Adiós, Luisita.

ISABEL.—Que no hablen ustedes mucho de negocios ni de cosas serias, ni le deje usted fumar. Yo vuelvo en seguida. *(Salen Isabel, Carmen, Laura y Luisita.)*

ESCENA III

Gonzalo y Ramón.

RAMON.—¿Cómo te encuentras?

GONZALO.—¡Qué sé yo! Mal; aburrido, nervioso.

RAMON.—El fracaso, ¿verdad? Porque todos sabemos que esa mujer se ha divertido lindamente a tu costa, entreteniéndote con esperanzas a cambio de realidades positivas. ¡Digno remate de un Don Juan que no supo retirarse a tiempo! Por fortuna, no tardará en largarse en compañía de su bondadoso marido.

GONZALO.—Está bien. Le habéis obligado a renunciar el cargo; os empeñasteis en dar proporciones al escándalo. Cuenta con mi dimisión y con que no volveré a ocuparme para nada de la Sociedad.

RAMON.—Como si cantaras.

GONZALO.—¿Puedo consentir que cualquier empleadillo insubordinado me ponga en ridículo delante de todos y que vosotros celebréis la gracia y le deis la razón?

RAMON.—Si tu recomendado hubiera sabido estar en su puesto y no hubiera molestado a nadie con sus impertinencias...

GONZALO.—¿Impertinencias? Porque les obligaba a cumplir con su deber; porque está acostumbrado a los empleados de su casa en París, donde la gente sabe obedecer y respetar a sus jefes; pero aquí, con nuestra democracia chirigotera, todos somos unos, todos somos hi-

dalgos que trabajamos como quien hace un favor a cambio de palmaditas en el hombro y de familiaridades entre superiores y subalternos. ¡Así anda todo!

RAMON.—Eso lo dices ahora porque te conviene. Tú eres el primero en tratar con afabilidad y con llaneza a todo el mundo, a la española, y por eso no te respeta nadie menos. Ese caballerito quería imponernos todo el ridículo autoritarismo de la burocracia francesa, de aquellos empleados que, apenas se ven detrás de una mesa-ministro o de un ventanillo oficinesco, ya se creen de una aristocracia especial, superiores a los demás mortales.

GONZALO.—Y si alguien tenía quejas, ¿por qué no decírmelo? Dí que en todo esto hay una conspiración tramada por alguien.

RAMON.—¿Por mí? ¿No es eso?

GONZALO.—Por ti solo no; por ti, influído por tu mujer.

RAMON.—¿Por Carmen? ¿Qué dices?

GONZALO.—No; tampoco precisamente por ella, por Isabel. Son muy amigas, están muy unidas...

RAMON.—Déjate de tonterías. No hubo conspiración; ni Isabel, aunque enterada de todo, influyó para nada con mi mujer, ni mi mujer conmigo, ni ¿en qué cabeza cabe que íbamos a procurar nosotros que anduvieseis en lenguas en las oficinas primero y después por todo Madrid?

GONZALO.—Pues eso es lo que habéis conseguido, y traer a mi casa un infierno sordo, que es el peor de los infiernos.

RAMON.—¿Un infierno?

GONZALO.—Sí, tú lo sabes. Isabel no habla; pero su actitud de mártir resignada es una acusación constante que yo no puedo tolerar; mis nervios saltan y estoy decidido a romper por todo. Prefiero que hable, que se indigne; tanta resignación me parece desprecio o conformidad o egoísmo. Lo que sea, sólo me indica falta de cariño.

RAMON.—Me parece que juzgas mal a Isabel, o juzgas mal de ti si crees que al protestar indignada hubiese conseguido lo que no consiguió con resignarse. Cuando el cariño se aleja de nosotros, ¿qué medio para dete-

nerle en su alejamiento? ¿Las amenazas, la violencia, el crimen pasional? ¿No es eso? Cuando el pájaro escapa de la jaula y vuela, ¿cómo recobrarle? O le disparas un tiro pensando, mío o de nadie, y de este modo es seguro que le recobras, pero le recobras muerto; o si le quieres como le tuviste, no te queda otro medio que esperar, esperar a que vuelva cuando nuestra jaula le parezca más dulce que su libertad.

GONZALO.—No te conocía como poeta. Es un nuevo aspecto que nunca hubiera sospechado en ti.

RAMÓN.—Nunca acabamos de conocernos unos a los otros. No soy poeta, pero puedo juzgar mejor el corazón de Isabel; como ella el tuyo, en algún tiempo yo también he sentido alejarse el cariño de mi Carmen; su espíritu era algo soñador; nuestra vida era algo prosaica. Yo soy tan cerrado a idealidades, que sin tener asegurado el día de mañana, no ya soñar, hasta dormir me parecía un crimen, y sólo pensaba en trabajar, pensando en mi mujer y en mis hijos, naturalmente; pero el trabajo, lo que más me sujetaba a ellos, era también lo que más me parecía separarnos. Y observé en Carmen tristeza y desvíos primero; frialdad, indiferencia después; después..., después... ¡qué sé yo!... Si no hubiera estado tan seguro de su honradez, pude creer que su corazón ya no era mío y quise imponerme, y mis quejas fueron violentas, amenazadoras, y sólo conseguí sumisión y respeto, las apariencias del cariño; pero el cariño se alejaba más cada día, y entonces... esperé; esperé trabajando como antes, con el mismo pensamiento, mi mujer y mis hijos; con el mismo cariño..., el suyo, ¡siempre el suyo!... Y un día, sentado yo ante mis libros y papeles de cuentas, a mi espalda sentí unos brazos que me estrechaban, y junto a mi cara otra cara que se asomaba sobre las cuentas, y dos lágrimas que borraban unos números, y una voz que me decía con toda el alma: "¡Qué bueno eres, Ramón! ¡Cuánto te quiero!" Era el cariño que volvía: ¡el cariño que había comprendido por fin!, ¡quién sabe de vuelta de qué imaginaciones!, que en esta nuestra vida de hoy, sin lanzas, ni espadas, ni moros, ni princesas ni trovadores, toda la poesía está en el deber cumplido, el que nos corresponde a cada uno; el traba-

jo prosaico sin poesía y sin gloria, que no todos podemos aspirar a ella..., es decir, todos sí, que si para los que trabajan en algo grande, la gloria es cariño que viene de lejos y de todas partes, para los que trabajamos en reducida esfera, para nosotros..., para los nuestros..., su cariño es nuestra gloria, la gloria de los humildes, de los ignorados; una gloria que está muy cerca de nosotros y por eso mismo llega más pronto al corazón.

GONZALO.—Pero ¿pudiste dudar nunca de que esa gloria te faltara, del cariño de Carmen, del de tus hijos?...

RAMON.—Puede dudar de ellos; de mí no dudé nunca y esperé... como espera Isabel; por eso te dije que nada sabías de su corazón, como nada sabías del mío.

GONZALO.—¡Si nunca me hablaste como hoy! ¿Qué podía yo saber? Es verdad; nunca acabamos de conocernos o nos conocemos demasiado tarde.

ESCENA IV

Dichos, un *Criado* y después *Adolfo.*

CRIADO.—Con permiso. *(Entregando una tarjeta.)* Este caballero desea ver al señorito. Dice que si ahora no puede recibirle esperará o volverá cuando el señor le indique, pero que a todo trance necesita ver al señor.

GONZALO.—*(Entregando la tarjeta a Ramón.)* "Adolfo Barona..." Diga usted que no estoy.

CRIADO.—Sabe que el señor está en casa...

GONZALO.—Diga usted que no puedo recibirle.

RAMON.—Es inútil si se ha empeñado en verte. Y mejor es saber de una vez lo que quiere. Serán explicaciones enojosas y desagradables. ¿Quieres que le reciba yo?

GONZALO.—No, pero quédate. Así será más corta y menos embarazosa la entrevista... Que pase. *(Sale el Criado y a poco entra Adolfo.)*

ADOLFO.—Señores: ¿la salud es mejor, yo espero?

GONZALO.—Algo mejor; gracias...

ADOLFO.—Don Ramón...

RAMON.—Muy señor mío...

ADOLFO.—¿Su señora buena, yo espero?

GONZALO.—Muy bien; gracias...

ADOLFO.—*(A Ramón.)* ¿La de usted buena también, yo espero?

RAMON.—Perfectamente.

ADOLFO.—¿Y su encantadora hija?...

RAMON.—Perfectamente.

ADOLFO.—*(A Gonzalo.)* Usted esperaba verme. He dudado si escribir a usted, si visitarle personalmente. Josefina me aconsejó que viniera; son cuestiones delicadas para escribir. Cuando se habla, si se va demasiado lejos, las palabras pueden reatraparse. ¿No es eso? Cuando se escribe, si uno se deja ir, las palabras quedan; usted ya sabe todo. Usted sabe que yo he sido insultado. Usted sabe que yo he debido matar a alguien...

RAMON.—¡Hombre! Matar...

ADOLFO.—Sí, sí, matar; si yo no pensara después fríamente. No he sido yo solo insultado; ha sido insultada mi mujer, y mucho más: ¡ha sido insultada la Francia!

RAMON.—¡Hombre! ¿Querrá usted hacer de esto una cuestión internacional?

ADOLFO.—Sí, sí; se ha dicho, a propósito de mí, que yo era como los maridos franceses.

RAMON.—No haga usted caso. De esa opinión tiene la culpa la literatura.

ADOLFO.—¡Ah! ¡Si yo no hubiera pensado fríamente!...

GONZALO.—Usted exagera. En todo esto sólo hubo por parte de usted desconocimiento de nuestro carácter, de nuestras costumbres, exceso de rigor o de formalismo, como usted quiera; por parte de los que se atrevieron a ofender a usted, acaloramiento, mala educación; pero de eso a que usted quiera dar mayores proporciones al lance...

ADOLFO.—Es que yo veo claro en todo esto; yo he hablado seriamente con mi mujer, y sé muy bien que si nosotros hubiéramos pasado por todo, nada de esto hubiera sucedido.

RAMON.—¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO.—Yo sé que mi mujer ha sido galanteada

por alguna persona muy influyente; ¡yo no sé quién..., ni quiero saberlo!...

RAMON.—*(Bajo a Gonzalo.)* ¡Habrá desahogado!

ADOLFO.—Lo que yo sé es que mi dignidad no me permitía permanecer en mi empleo; lo que yo sé es que ahora nadie me indemnizará de mi tiempo perdido, de mis gastos de instalación en Madrid, contando con una situación estable... Esta es mi ruina, como dice mi pobrecita mujer; para este viaje no necesitábamos... ¿Cómo se dice?

RAMON.—¡Alforjas!

ADOLFO.—Eso es, que esto ha sido una tomadura de pelo y... ¡como hay Dios que estamos aviados!...; eso es, ¡estamos aviados!

GONZALO.—Si usted ha hecho gastos, si usted se cree perjudicado...

RAMON.—Ya le ofrecí lo que necesite, y me contestó que ofendía su dignidad. ¿No fué así?

ADOLFO.—Cierto... Uno no sabe lo que dice acalorado; pero yo pienso después fríamente. Yo sé bien que si yo no tuviera dignidad yo hubiera conseguido tener mi puesto siempre y subir más alto y ganar mucho dinero, como otros que, sin talento, sin servicios, sin que nadie pueda explicarlo, gracias a su mujer, han llegado, y después son los primeros que censuran y hablan de los demás.

RAMON.—¿Qué dice usted? ¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO.—Yo sé lo que digo, porque lo he oído decir a todo el mundo; si usted no lo sabe...

RAMON.—En efecto, no lo sé, pero usted debe decírmelo; no tendrá usted la cobardía de callar el nombre.

ADOLFO.—Ni la cobardía de decirlo por miedo.

RAMON.—¿Eh?

GONZALO.—*(A Adolfo.)* Agradeceré a usted que sólo a mí se dirija, puesto que está usted en mi casa y conmigo solo deseaba usted hablar.

RAMON.—No, deja...

GONZALO.—Basta... No creo equivocarme al deducir por sus palabras que su mayor preocupación en todo esto es la cuestión..., digámoslo así..., la cuestión práctica... Esos gastos de que usted hablaba, esa indemni-

zación que a usted le parece muy justa y que yo no he de regatear... Yo, mejor que nadie, puedo calcular los gastos de su instalación.

ADOLFO.—Sí, sí, seguro... Josefina les consultaba a ustedes para todo. Yo nunca sé lo que cuesta nada... Ahora debemos hacer... ¿Cómo se dice?... Almoneda de todo... Hoy he puesto el anuncio... Si a ustedes les conviene algo, les haré precios de amigos.

RAMON.—Muchas gracias.

GONZALO.—Quedamos, entonces, en que mañana mismo será usted indemnizado cumplidamente; creo que no llevarán ustedes un mal recuerdo de nosotros.

ADOLFO.—¡Oh, no! La pobre Josefina llora al solo pensamiento de "quitar" Madrid, y ella me dice siempre que si alguna vez ella es perdida, es aquí que debo buscarla. De modo que mañana dice usted que...

GONZALO.—Descuide usted. Mañana mismo.

ADOLFO.—Espero que aún tendremos el gusto de vernos.

GONZALO.—Seguramente.

ADOLFO.—Espero que usted sabrá apreciar mi corrección en todo este asunto.

GONZALO.—Exquisita, querido Alfonso... Perdón, Adolfo.

ADOLFO.—Sí, sí, Adolfo. Usted sabe que Alfonso se dice en París a ciertos sujetos...

GONZALO.—No creerá usted que fué con intención.

ADOLFO.—Yo espero... Adiós, don Ramón.

RAMON.—Muy señor mío.

ADOLFO.—No me salude usted así... Yo lo olvido todo, yo pienso fríamente.

RAMON.—Y yo no olvido nada, y yo saludo fríamente. ¿Qué quiere usted?

ADOLFO.—Nada, nada..., me "achanto", como dice mi mujer; me achanto y me despido..., o, como dicen ustedes, me las "guillo"... Servidor de ustedes. *(Sale.)*

ESCENA V

Gonzalo y Ramón.

RAMON.—Si no pensara de quién es hijo...
GONZALO.—¿Qué?
RAMON.—No salía de aquí sin romperle algo... ¿Y parecía bobo el angelito? Por supuesto, esta combinación no es cosa suya, sino de la lagartona de su mujer.
GONZALO.—Por eso me ha divertido más que otra cosa.
RAMON.—Divertido, sí; pero ha dicho algo que...
GONZALO.—Yo no le he oído nada.
RAMON.—Algo que no le dejaste concluir; casi te anticipaste a su petición, como si temieras que de no acceder a ella hablara demasiado, y como ha conseguido lo que buscaba...; pero yo sabré a quién puede referirse con sus reticencias.
GONZALO.—Yo no oí nada que a ti pudiera referirse.
RAMON.—El no ha podido inventar; alguien le ha dicho...
GONZALO.—¡Vaya, vaya! Acabaremos por volvernos todos locos; yo no veo en todo esto más que una vulgar aventura, un ridículo "chantage", al que sería más ridículo todavía oponerse, porque ya lo dijiste: "Este es el digno remate de un Don Juan que no supo retirarse a tiempo." La culpa fué mía; yo la tengo, y en paz; pero tú, no veo por qué has de preocuparte... ¿En qué piensas? ¿Es posible que hayas tomado en consideración...? Vamos..., vamos...
RAMON.—Déjame, déjame.
GONZALO.—¡Ramón!
RAMON.—¡Si fuera verdad, si fuera verdad! No, no...
GONZALO.—Ramón. ¡Chist! Isabel vuelve; tú verás.
RAMON.—Basta su nombre.

ESCENA VI

Dichos e Isabel.

ISABEL.—¿No he tardado mucho? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Qué caras son ésas?

GONZALO.—Nada.
ISABEL.—No. Han hablado ustedes de asuntos serios; han discutido ustedes y se han disgustado.
GONZALO.—Te digo que no. ¿Y María Antonia? ¿Y Pepe? ¿Los has visto?
ISABEL.—No estaban en casa.
GONZALO.—Entonces... Tú sí que traes cara de disgusto. ¿Ocurre algo?
ISABEL.—¿No te digo que no estaban en casa? Señal de que están buenos. Me asusté al entrar y verles a ustedes así como sobresaltados, como si acabaran ustedes de reñir.
GONZALO.—¡Qué tontería! Una discusión. Ramón puede decirte.
RAMON.—Asuntos de la Sociedad.
ISABEL.—¡Por Dios!, que no estás bueno, no te alteres. *(A Ramón.)* No habrá sido usted quien haya empezado.
GONZALO.—Tuve yo la culpa. Voy a firmar estos documentos y a escribir al padre de ese muchacho para explicarle... Ya sabes que vuelven a París.
ISABEL.—¿Quién?
GONZALO.—¿Quién ha de ser? ¿Para qué quieres que yo te lo diga? ¿No lo sabes ya? ¿No te alegras?
ISABEL.—¿Yo?
GONZALO.—No dirás nunca lo que sientes. *(Sale.)*

ESCENA VII

Isabel y *Ramón.*

ISABEL.—¿Oye usted? No le basta con atormentar; quiere saber que atormenta.
RAMON.—Isabel, perdone usted... Le extrañará a usted que hable de cosas pasadas y de cosas tristes.
ISABEL.—¿Usted?
RAMON.—Y sé que no me dirá usted la verdad, pero no importa; sé también que sólo usted puede devolverme la tranquilidad, aunque sea con la mentira.
ISABEL.—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha ocurrido entre usted y Gonzalo en mi ausencia? Sé que estu-

vo aquí el marido de esa mujer. ¿A qué vino? ¿Qué dijo?

RAMON.—¿Qué sé yo? ¿Es tonto o es pillo? Dijo algo que ha inventado o algo que le dijeron, algo insignificante tal vez, hablar por hablar; algo que yo no pensé nunca; pero hay momentos en que una palabra cualquiera es así como un relámpago que ilumina lo más oscuro y lo más lejano de nuestra vida... ¿Por qué no se casó mi hijo Enrique con María Antonia? Dígame usted, ¿por qué?

ISABEL.—Verdad que son historias pasadas. ¿No lo sabe usted?

RAMON.—Sí; sé lo que el mismo Enrique dijo, lo que todos ustedes dijeron. Enrique había tenido relaciones con una pobre muchacha; María Antonia tuvo celos, no quiso perdonar, creyó que aquellos amores no habían terminado...

ISABEL.—¡Pues si lo sabe usted como nosotros!

RAMON.—Pero hasta ahora nunca pensé que esa explicación no fuera la verdadera, que sólo fué un pretexto buscado por Carmen, por usted, por todos, para evitar... Hasta ahora no pensé... lo que oí hace poco... Yo no tengo gran talento, lo sé; mi inteligencia no ha podido servir de mucho a Gonzalo, y, sin embargo, me tuvo siempre a su lado, en los primeros puestos; gracias a él poseo un capital, soy rico, creí ser dichoso. Y ¿a qué lo debí? ¿A qué debo todo esto, Dios mío?

ISABEL.—A su trabajo honrado, a su inteligencia también. ¿Por qué esas dudas? ¿Qué ha pensado usted? ¿Qué han podido decirle? Piense usted que al dudar no duda usted sólo de la amistad de Gonzalo.

RAMON.—Lo sé... y no puedo, no puedo... sería horrible. Dígame usted que no tengo razón, que no puedo pensarlo, que si eso fuera o eso hubiera sido...

ISABEL.—Carmen no sería mi mejor amiga... ¿No es eso lo que usted piensa? No la querría yo como la quiero, como una hermana... Usted lo sabe, usted lo ve. No creerá usted que yo no hubiera sospechado antes lo que usted no sospechó hasta ahora, si las sospechas tuvieran fundamento..., y suponga usted que yo hubiera querido disimular por prudencia o por imposición de mi marido: la prudencia y el disimulo tienen su límite. Yo no

soy una santa, y, todo lo más, hubiera fingido cortesía superficial ante la gente; pero de eso a la amistad que me une con Carmen, amistad verdadera, amistad sin recelos, con toda el alma, porque estoy segura de su lealtad conmigo.... como usted debe estarlo... Basta con que piense usted eso, que una mujer celosa, por mucho que quiera fingir, no finge hasta ese extremo. Ya ve usted cómo no supe fingir con Josefina; no hubo prudencia ni educación que bastaran, y dejé de recibirla en mi casa. Pero suponer que mi cariño a Carmen puede ser fingido y tanto tiempo... Yo se lo agradezco a usted mucho, Ramón; pero me conceptúa usted demasiado sublime, o conoce usted muy poco el corazón de la mujer, para suponer que por discreta que sea puede admitir a su lado a otra mujer, como yo admito a Carmen, si sospechara siquiera que ahora ni nunca... Yo sé bien que la reputación de Gonzalo hace verosímiles todas las sospechas; pero a Carmen la estamos ofendiendo sólo con buscar razones para negar razón a que usted dude...; no en mi corazón, en el suyo, en el de usted debe usted encontrarlas. Vamos, vamos, Ramón; yo no sé qué castigo le impondría a usted por su mal pensamiento, si el haberlo pensado no fuera ya el mayor castigo.

ESCENA VIII

Dichos y Manuel.

MANUEL.—¡Querida amiga! ¡Don Ramón!

ISABEL.—¡Cuánto me alegro de su visita! Le hubiera mandado llamar si tardo un día más en verle.

RAMON.—Me despedía cuando usted entró, Isabel, voy a recoger esos documentos que firma Gonzalo, y ya me despido de usted... Amigo mío...

MANUEL.—Siempre suyo...

ISABEL.—¿Pasó ya todo? ¿Ni la sombra de un mal pensamiento?

RAMON.—Dije que usted me haría creer lo que quisiera, verdad o mentira, porque es usted tan buena, tan buena, que es usted capaz de todo, hasta de lo que usted asegura que no es capaz ninguna mujer por santa que sea. *(Sale.)*

ESCENA IX

Isabel y Manuel.

ISABEL.—No puedo más.

MANUEL.—¿Está usted enferma? ¿Qué le sucede a usted?

ISABEL.—Nada; que he mentido con tanta verdad, que a mí misma no me parece mentira nada de lo que dije. Mentiras como ésas no pesan en la conciencia, nos absuelve de ellas el corazón...

MANUEL.—¿Mentir usted?

ISABEL.—No hablemos de mí; estaba impaciente por ver a usted, hoy más que nunca.

MANUEL.—Por acordarme demasiado de usted he podido parecer olvidadizo.

ISABEL.—Pero ¿no ha olvidado usted lo que me prometió?

MANUEL.—Ni un momento. Y en estos días era preciso mayor vigilancia.

ISABEL.—¿En estos días? ¿Por qué? ¿Sabe usted algo?

MANUEL.—Sé que María Antonia y Pepe viven en continua guerra.

ISABEL.—Por aquí no vienen apenas, a pesar de la enfermedad de Gonzalo. Hoy fuí yo a su casa, no estaban; la doncella, una muchacha de toda mi confianza, que yo coloqué con María Antonia, me ha contado cuanto allí pasa: escenas violentas, disgustos a todas horas, una vida imposible.

MANUEL.—Y un continuo peligro para María Antonia.

ISABEL.—¿Qué sabe usted?

MANUEL.—Sé de unos encuentros casuales en el Museo de Pinturas.

ISABEL.—¿De quién? ¿De María Antonia y...?

MANUEL.—Repito que fueron casuales, puramente casuales; me consta: como si usted ahora me dijera... por casualidad...: "¿Querrá usted creer que apenas conozco el Museo de Pinturas?" Y yo le dijera a usted: "¿Es posible?" Y usted: "Pienso ir un día de éstos"; y yo desde

entonces fuera todos los días, hasta que, es natural, yo todos los días y usted un día de éstos, al fin habíamos de encontrarnos por casualidad, y por casualidad se encontraron.

ISABEL.—Bien temía yo. ¿Y su amigo de usted le ha dicho...?

MANUEL.—Figúrese usted un soñador enamorado, una mujer no comprendida... La contemplación de obras de arte, emociones artísticas que se comunican... El arte fué siempre un gran conductor del flúido amoroso.

ISABEL.—No hable usted así; ese tono ligero me hace daño. Dígame usted muy seriamente cuanto usted sepa, cuanto su amigo de usted le haya confiado.

MANUEL.—Hay algo más serio todavía. Una imprudencia, una verdadera imprudencia de María Antonia.

ISABEL.—¡Dios mío!

MANUEL.—Una carta suya.

ISABEL.—¿Que usted ha leído? ¿Que ese hombre le ha confiado a usted? ¡El miserable! ¡Como todos! ¡Por vanidad, por jactancia! ¿Y ése es el ideal que puede hacer a esa pobre niña olvidarse de sus deberes? ¿Qué dice esa carta?

MANUEL.—Le dije que sólo era imprudente. Es una carta en que le despide, le aleja toda esperanza; pero le suplica, y suplicar es ya confesarse débil, y confesars débil es ya temer ser vencida.

ISABEL.—¿Y ese hombre espera?

MANUEL.—Se atreve a esperar.

ISABEL.—Es preciso que yo hable con María Antonia delante de su padre, delante de su marido si es preciso, que todos vean claro el peligro, que María Antonia se salve a toda costa. Yo no quiero que pueda tener que avergonzarse nunca ante su marido, que siempre sea de ella la razón, siempre; no es sólo porque la quiero como a una hija y la quiero igual a mí, igual a su madre: es mi orgullo de mujer, que en nuestra desigual condición ante el hombre, admite todas las desigualdades, todas las humillaciones, menos la de que nunca tengan el derecho de decirnos: "¿Con qué razón me acusas?" ¡Ah! Eso no; son más penosos nuestros deberes, pues más fuertes nosotras para cumplirlos... Y así no podrán decir que somos

iguales; pero nosotras también podremos decirles: "¿Iguales no? Decís bien, somos mejores."

ESCENA X

Dichos, María Antonia y Pepe.

MARIA ANTONIA.—¡Isabel! ¡Madre mía!

ISABEL.—¡María Antonia! ¡Hija!

MARIA ANTONIA.—¡Ay! Ya puedo llorar. Ya puedo decirlo todo, a ti sólo, ¡a ti, madre mía! A él sólo podía contestarle con el desprecio.

PEPE.—Es lo mismo. Puedes callar o puedes despreciarme. Ahora basta con que hable yo.

ISABEL.—¿Qué dices? ¿Qué sucedió?

MARIA ANTONIA.—No importa lo que diga; yo sólo siento que no tenga razón para decirlo.

PEPE.—Isabel. Ya lo oyes. Avisa a su padre. Quiero hablar con vosotros. *(A Manuel.)* No, no salga usted; es usted de la familia, y por la amistad que le une a usted con cierta persona, deseo que se halle usted presente en esta ocasión. ¿Dónde está su padre?

MARIA ANTONIA.—Tú puedes hablar con él. Yo sólo hablaré con Isabel, contigo sólo. Déjanos; a mi padre puedes decirle lo que quieras.

PEPE.—Bien está.

ISABEL.—Sí, déjanos. Debo yo hablar a solas con María Antonia. Vayan ustedes con Gonzalo. Tú sabrás lo que debes decirle. Yo no quiero juzgar sin oírla a ella primero; yo sé que a mí no puede engañarme.

PEPE.—¿Está en su despacho?

ISABEL.—Sí. *(Pepe sale.)* Vaya usted, Manuel; usted que sabe la verdad, si la verdad fué lo que usted me dijo, y no puede ser otra.

MANUEL.—La verdad será lo que diga María Antonia.

ISABEL.—Y la verdad dirá. *(Sale Manuel.)*

ESCENA XI

Isabel y María Antonia.

ISABEL.—Sí, la verdad para mí será lo que tú digas. Pepe ha llegado a sospechar de ti, ¿no es eso?

MARIA ANTONIA.—Ya lo oíste.

ISABEL.—Pero ¿sus sospechas...?

MARÍA ANTONIA.—Para él todo evidente. Ya lo ves. Me devuelve a vosotros, porque ahora es él quien me trae para que su honor no padezca... ¡Qué noble y qué delicado sentimiento ese del honor! Gracias a él he conseguido en un momento lo que no conseguí por mis lágrimas, ni por mis celos, ni por mi corazón destrozado; volver aquí para olvidar, para no padecer. Por mi voluntad nunca me hubiera él dejado venir, nunca me hubierais admitido vosotros; todos lo impediríais... Y ahora..., ahora ya no se trata de mí, se trata de su honor, y nadie se opone... ¡Necia de mí que no comprendí antes qué fácil era conseguir esta separación que yo deseaba como única seguridad para mi conciencia, como único descanso para mi corazón!

ISABEL.—Habla, habla así y te escucharé tranquila, segura de que no faltaste; así, con indignación, con santa ira; no quiero ver en ti abatimiento ni tristeza, que sería humillación, sería culpa. Y no la hubo, ¿verdad? Mírame así, cara a cara; los ojos en los ojos, sin lágrimas, limpios como tu corazón. No hubo culpa, ¿verdad?... ¡Por la memoria de tu madre!...

MARÍA ANTONIA.—¡Por su memoria!...; pero por su memoria también y por toda la maldad y por todos los engaños de los hombres, te aseguro que si la intención y el deseo de ser culpable son ya culpa, nadie más culpable que yo; porque con toda mi alma lo digo: ¡quisiera que nada me hubiera detenido; ni virtud, ni vergüenza, ni el ejemplo, ni la memoria de mi madre, ni tu cariño y tu ejemplo, santo como el suyo!... ¡nada, nada!...; pero tú lo sabes; tú que también has visto destrozado tu corazón y tu vida; tú que también alguna vez, por santa que seas, habrás sentido deseo de vengar ofensas, humillaciones que no mereciste...; tú lo sabes: cuando se nace honrada, no es tan fácil dejar de serlo.

ESCENA XII

Dichos y *Gonzalo.*

GONZALO.—¿Es verdad lo que dice Pepe? ¿Es verdad lo que dice tu marido? Pues ni en su casa ni en ésta

puedes estar; porque si allí deshonras a tu marido, aquí deshonras a tu padre.

MARIA ANTONIA.—¡Ah!

ISABEL.—¡Gonzalo!

GONZALO.—¡No la protejas; no la defiendas!... ¡Fuera de aquí; que yo no la vea!

ISABEL.—No, no la verás; ven conmigo, no llores; ven conmigo... ¡Pobre hija mía! Pero no llores; si no eres culpable, rechaza la afrenta con indignación, como antes. ¿Me juraste verdad?

MARIA ANTONIA.—¡La verdad, madre mía!

GONZALO.—¡Fuera de aquí dije; fuera de aquí!

ISABEL.—Sí, sí, espera; espera, ya saldrá, ya saldrá; acaso no salga ella sola. *(Salen María Antonia e Isabel, pero Isabel vuelve a poco.)*

ESCENA XIII

Isabel y Gonzalo.

GONZALO.—¿Que no saldrá sola?... ¿Qué dices?

ISABEL.—Una vez más eres injusto, eres cruel, eres egoísta, eres... eres... ¡hombre!... ¿Crees que María Antonia ha faltado?...; lo crees, ¿verdad? Y te indignas. Pues yo sólo te digo que si eso fuera, yo la disculpo y la comprendo, y la diré: ¡has hecho bien, has hecho bien!...; ¿lo oyes?

GONZALO.—Lo dices porque no es tu hija.

ISABEL.—¡Mientes! Si lo fuera, con mayor razón se lo diría una y mil veces: ¡has hecho bien, has hecho bien, hija mía!

GONZALO.—Y no habrás dejado de decírselo y de disculparla. Ahora y antes; lo presumí siempre.

ISABEL.—Sólo te falta decir que di yo el ejemplo. Dilo también. ¿Qué importa? Hoy es uno de esos días decisivos en que la vida parece presentarnos el balance de muchos años. La vida lo suma todo; todas nuestras acciones, nuestras palabras, lo más insignificante. Hoy es día de cuentas para ti...; ¡ya era hora!...; para todos llega cuando menos lo esperamos, por medios indirectos casi siempre, para lo bueno y para lo malo. Hay quien trabaja toda su vida sin conseguir la menor recompen-

sa, y cuando más desespera de su trabajo, es una herencia que llega, es la lotería; algo que parece suerte y es la vida que paga. Hay quien comete las mayores maldades, y vive rico y dichoso muchos años; pero un día llega el dolor, que la riqueza no evita: es la muerte de un hijo adorado, una enfermedad penosa, la ruina imprevista..., es la vida que cobra... Contigo se valió de tu hija, el cariño mayor de tu vida; el que era compendio de toda la sumisión y de todas las virtudes de las mujeres que hemos nacido para esposas honradas. Y ahora es la indignación, la sorpresa; ahora quieres castigar a tu hija, cuando es tu hija la que te castiga por su madre..., por mí y por ella.

GONZALO.—¿Que es mi castigo, dices? ¿Por qué? ¿Por qué?

ISABEL.—¿Qué sabéis los hombres del corazón de las mujeres? De las que os engañan sí podéis conocer las mentiras; de las buenas, de las que os quieren de verdad, no sabéis nunca ni cuánto es su cariño, porque en la mujer honrada puede siempre más el pudor que el cariño. Y por pudor calla nuestro cariño, y callan nuestros deseos, y callan nuestros celos muchas veces. Y no comprendéis, no sabéis comprender que el corazón de la esposa honrada no puede luchar sin impudor cuando siente alejarse vuestro cariño. Y hemos de padecer la humillación de vernos compadecidas por mujeres indignas, que cuentan para atraernos con todas las coqueterías y todas las resistencias calculadas, que en nosotras serían repugnantes, porque nunca deben confundirse sus "boudoirs" con nuestras casas. Pero allá va con vuestros caprichos todo lo alegre y fácil de cierta vida. Allí se gasta sin contar lo que en nuestra casa se regatea; allí se imploran las caricias que desdeñáis en nosotras, porque nuestro deber las asegura cuando las exige vuestro deseo; vuestro deseo, en que muchas veces se ve otro deseo no logrado que os acerca a nosotras con apariencias de cariño... Así son los hombres y así juzgas tú sin piedad la apariencia sólo de una falta; que lo aseguro: ya sólo siento que no sea verdadera y que no fuera mía si con serlo pudiera causarte mayor pena.

GONZALO.—No, Isabel; tú sí que eres injusta si pen-

saste que por grandes que sean mis culpas contigo merecían el castigo de no creer en ti, de dudar de ti siquiera un instante. Tú sí que no sabes lo que es mi cariño para ti. Habré sido cruel, egoísta, como dices; habré atormentado tu corazón; pero no puedes, no debes dudar de mi cariño. Quizá a nadie atormentamos como a nuestra madre; quizá por ningún cariño sacrificamos menos, tan seguros estamos de poseerlo siempre, de que siempre perdona. Con vivir y mostrarse alegres, ya nos parece que hemos pagado el cariño de nuestra madre. Pero es la misma fe que nos inspira, la que nos hace menos devotos en apariencia; más creyentes, en el fondo, de estos cariños sagrados y verdaderos de que nuestro corazón está seguro. Pero ¿qué otros cariños en la vida valen como éstos, que son siempre creencia y esperanza del corazón? Dime si nunca te hubiera cambiado por otra mujer de las que pasaron por mi vida; dime si nunca creíste que el compararte con todas ellas no fué su recuerdo la aureola, el altar de tu imagen santa... ¿Qué sabes tú de mi orgullo al decirme..., entre todas, ella sólo es mi corazón; ella sólo fiel; ella siempre honrada; ella mi esposa, como mi madre?... ¿Y dices que María Antonia hizo bien? No, tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por ti; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo, como el cielo de nuestra vida. . No, no digas que María Antonia hizo bien..., no digas que debiste ser tú. Si yo hubiera tenido de qué acusarte..., no sé..., no sé... ¿Cómo saber, si de ti no puedo suponerlo siquiera?

ISABEL.—¡Gonzalo! ¡Mi Gonzalo! Dices bien.., perdonar siempre..., esperar siempre... Yo he sabido esperar, y ahora siento que no esperé en vano.

ESCENA XIV

Dichos y Carmen.

CARMEN.—¡Isabel! Mi amiga, mi hermana...

ISABEL.—¡Carmen!

CARMEN.—¡Ya sé!... Ramón me lo dijo llorando co-

mo un niño; me pidió perdón por haber dudado... ¡Perdón a mí, que no podré perdonarme nunca!... Me dijo que usted... y, no pude contenerme, necesitaba ver a usted, arrodillarme ante usted, si usted lo permite. ¡Qué tormento! intención tuve de ser yo misma quien lo confesara todo, si no hubiera pensado que ya no era sólo mía la pena, sino de usted, y de usted sin culpa.

ISABEL.—Sin culpa, sí. ¡Qué hermoso es no tener culpa! ¡Ah! Gonzalo, llama a tu hija; si crees en mí, yo te juro por lo más sagrado que no hubo culpa en ella.

GONZALO.—Te dejo...

ESCENA XV

Dichos y *Manuel*, y después *María Antonia.*

MANUEL.—Isabel, he conseguido que Pepe atienda a mis razones; está convencido de su error. Es él quien debe y desea perdonar; pero teme que María Antonia...

ISABEL.—No.

CARMEN.—¡Dios mío! ¿María Antonia y Pepe?

ISABEL.—Sí, es tan difícil resignarse y esperar... María Antonia, hijos míos; ven, ven ahora a mis brazos, a los de tu padre...; después con tu esposo.

MARÍA ANTONIA.—No, todo acabó, yo no perdono.

ISABEL.—Sí perdonarás... para ser un día tan feliz como yo.

MARÍA ANTONIA.—¡Tú, tú eres feliz?

ISABEL.—Sí, muy feliz... ¿Verdad? Los amores alegres, los amores fáciles que sólo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las Rosas de Otoño: no son las flores del amor, son las flores del deber cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno. ¿No es verdad, esposo mío?

GONZALO.—¡Mi esposa santa! De rodillas para adorarte.

ISABEL.—¡Ya lo ves, soy muy feliz! Son mis Rosas de Otoño.

TELÓN



LA HONRA DE LOS HOMBRES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gunna...	D.ª *María Palou.*
Paula...	» *Hortensia Gelabert.*
Juana...	» *Leocadia Alba.*
Magnus...	D. *Emilio Thuillier.*
Toggi...	» *Antonio Martiaver.*
Cristián...	» *Luis Manrique.*
Sigurd...	» *Joaquín Pacheco.*

En Islandia.—En Reykyavik.

ACTO PRIMERO

Habitación en una casa modesta, de madera. Estufa de barro.

ESCENA I

Paula. Después, *Gunna.*

PAULA.—¿Duerme el niño?

GUNNA.—Sí; no se ha despertado desde que tomó la sopita. ¿Ya te has vestido?

PAULA.—Sí; el barco llega entre once y doce; a esa hora le esperan en el puerto.

GUNNA.—¿Vendrán?

PAULA.—De seguro.

GUNNA.—Más de año y medio que embarcaron... en mala hora...

PAULA.—En mala hora, sí. ¿Estás triste? ¿Te pesa lo que has hecho por mí, hermana mía?

GUNNA.—¿Pesarme?... No. Lo hice por ti y por esa criatura, que no tiene culpa... y es tan hermosa. ¿Cómo podíamos abandonarla? Pero piensa que si Toggi creyera...

PAULA.—¿Cómo puede creerlo? Sus padres están seguros de ti; yo he de decírselo también... Si te quiere como te quería...; ¿y por qué no? Aún volverá más enamorado; donde él estuvo no hay mujeres que pudieran robarle tu cariño... La soledad de los mares polares..., una vida penosa... Os casaréis y seréis muy dichosos.

GUNNA.—¿Y el niño? Nuestro hijo... Déjame que le llame nuestro...

PAULA.—Sí, nuestro es..., de las dos. Mío por mi culpa, tuyo por tu bondad. Nuestro hijo se quedará conmigo...; yo le diré a Magnus...; no tenemos hijos... Le haré comprender que tú no debes tenerle contigo, porque a Toggi pudiera disgustarle..., aunque perdone...; porque Magnus no puede saber nunca... Si supiera...

GUNNA.—Y no sospechará...

PAULA.—La verdad sólo tú la sabes, tú y los padres de Toggi... Toggi lo sabrá también... Si no es por vosotros...

GUNNA. Yo he jurado callar siempre, aunque fuera en ello mi felicidad, aunque fuera mi vida...

PAULA.—Eres muy buena, hermana. ¿Cómo podría yo pagarte todo el bien que me has hecho?... Si no hubiera sido por ti, ¿qué hubiera sido de mi hijo? Por mí has sacrificado ante la gente lo que más vale para una mujer; más para ti, que estás enamorada... Pero ¿estás segura del cariño de tu prometido? ¿Sabes que él ha de aceptar lo que has hecho por mí?...

GUNNA.—Lo espero...; si no fuera así...

PAULA.—No pienses en eso. Toggi no puede dudar de ti... Si hubiéramos seguido en Vopna, todavía la murmuración de la gente pudiera serle insoportable; pero aquí en Reykyavik, ¿quién nos conoce?; ¿quién puede murmurar de nosotros?

GUNNA.—Sus compañeros, sus amigos, los que vendrán con ellos... Cuando sepan..., cuando crean que yo, en ausencia de Toggi... Se burlarán de él...

PAULA.—Pero si él está seguro de ti...

GUNNA.—Pero un hombre... Comprende que para un hombre es muy duro que los demás crean que se casa con una mujer que antes de casarse ya le ha engañado... Y eso creerán todos...

PAULA.—¡Por Dios!... Si te veo llorar... Comprendo todo lo que has sacrificado por mí... ¿Qué quieres que yo haga..., si ya te pesa?

GUNNA.—No, no. Mi conciencia está tranquila... Y ahora más que nunca, porque ese hijo... ¡le quiero como si en verdad fuera mío! ¡Me ha costado tanto!...

PAULA.—Más que a mí, es verdad... Yo he sido una miserable... Yo sí que merezco un castigo...; pero no soy yo sola...; es Magnus, que me quiere, que cree en mí, y si al volver supiera...

GUNNA.—No, no sabrá... Mira..., ya no es por ti, no es por mí...; es por esa criatura..., nuestro hijo, nuestro... ¡Calla, son los padres de Toggi!

ESCENA II

Dichas, Juana y Sigurd.

GUNNA.—Buenos días, Juana y Sigurd.

JUANA.—Buenos días.

SIGURD.—Ya tenemos buenas noticias.

GUNNA.—¿Llegan hoy de cierto?

SIGURD.—Sí; he hablado con Cristián, Cristián Polson. ¡Pobrecillo! Muy malo está...: la tisis...

GUNNA.—¡Pobre!

SIGURD.—Llegó ayer en un velero de Torwalsen. Allí vió a Magnus y a Toggi; están buenos; han pasado muchos trabajos. La invernada fué dura... Y eso que ellos fueron de los que se quedaron en el Spiztberg; otros siguieron con esos diablos de hombres hasta llegar al Polo... Locuras de los hombres: llegar un poco más allá que otros...; total, siempre más hielos; eso es todo... Locuras de los hombres... Desde Torwalsen iban a Berguen; cuestión de arreglar sus cuentas con los armadores de la expedición... Eso sí, bien les pagan...

PAULA.—¿Y sabe Cristián que hoy han de llegar?..

SIGURD.—Sí. El mismo ha quedado en avisarnos en cuanto el barco esté a la vista. Hoy está el cielo limpio que es una bendición; el buen tiempo se despide con trabajo este año.

JUANA.—¿Tú no vendrás con nosotros, Gunna?

GUNNA.—No, hasta que habléis con Toggi y con Magnus... Ya podéis comprender...

SIGURD.—Bien está: cosas del mundo... Tú no vas a esperarlos porque tienes miedo, y viene tu hermana...

PAULA.—Procuren separar a Toggi de Magnus apenas llegue: que Toggi sepa la verdad antes que la mentira...

SIGURD.—Eso haremos, porque no quiero pensar si lo primero que él oyera fuese... que su Gunna..., la novia de su corazón...

GUNNA.—¿Y podría creerlo?...

SIGURD.—De las mujeres se cree todo...

JUANA.—Calla, Sigurd; según qué mujeres...

SIGURD.—¿Podía Magnus creer que su Paula...?

PAULA.—¡Calla, por Dios, calla!...

SIGURD.—Un hombre honrado como *Magnus*..., que deja su casa por traer a ella más dinero, bienestar, comodidades... para los años malos..., y basta que llegue un extraño de buen porte con cuatro palabras azucaradas... ¡Locuras de las mujeres! Menos mal que el hombre ha desaparecido y no volverá a pisar tierra de Islandia... Nosotros no hemos de ir a buscarle...; conque así, como si hubiera muerto...

JUANA.—¿Y el niño, cómo está el niño? Bueno estará... Esos no se mueren...

GUNNA.—No lo quiera Dios..., ya que tantas lágrimas nos ha costado y ha de costarnos...

PAULA.—¡Qué tormento! ¿Verdad que Toggi no puede dudar de ella?

JUANA.—Eso no... No puede dudar... Basta que sus padres se lo digamos. No puede dudar de sus padres; sus padres no iban a engañarle... Yo he visto nacer a esa criatura...

GUNNA.—Pero cuando Toggi no dude de mí, cuando sepa por qué debí hacer lo que he hecho... Aún quedan los otros... que no pueden saber la verdad..., y Magnus, que será el primero en afrentarme...; al fin es el marido de mi hermana. En su casa he vivido desde que murió nuestro padre...; le toca mi honra como cosa suya... ¿Qué me dirá? Y tendré que callarme...

PAULA.—No..., yo le pediré que no te atormente...; que no nos atormente... Porque si yo viera que él por mí te afrentaba... No sé si podré callarme...; si no sería yo la que le dijera...

GUNNA.—No, no pienses eso, no lo pienses. Si Toggi cree en mí, si me quiere más que nunca... ¿Qué me importan los demás?...

ESCENA III

Dichos y Cristián.

CRISTIÁN.—¿Cómo va, Gunna, Paula?...

GUNNA.—¿Quién?... ¡Ah!, es Cristián, Cristián Polson... ¿No te acuerdas, Paula? Cristián Polson... de Vopna...

PAULA.—Sí..., ya sé...

CRISTIAN.—Me miráis asustadas. No parezco el mismo. Ya lo sé... No disimuléis la extrañeza... Estoy muy malo...

GUNNA.—No, Cristián... No lo parece...

CRISTIAN.—Como os dije, he venido a avisaros. Hay un barco a la vista...

SIGURD.—Pues bueno es que nos vayamos acercando... ¿Vamos, Paula?

PAULA.—Vamos cuando quieran. Hasta luego... *(Salen Juana, Sigurd y Paula.)*

CRISTIAN.—¿Tú no vas, Gunna?...

GUNNA.—No..., yo no.

CRISTIAN.—Ya..., es natural... Si no te importa, me quedo acompañándote... Si eres tan buena que me das un poco de café... bien caliente...

GUNNA.—Café con leche será mejor... Lo preparo todo en seguida...

ESCENA IV

Gunna y *Cristián.*

GUNNA.—Sigurd, el padre de Toggi...

CRISTIAN.—Sí...

GUNNA.—Me dijo que habíais visto a Toggi y a mi cuñado, a Magnus, en Torwalsen.

CRISTIAN.—Sí..., nosotros volvíamos de nuestra pesca... No se ha dado muy bien este año... Se retardó el deshielo... Ellos volvían del Spiztberg. No tienen novedad... Han tenido más suerte que yo...; a mí, una maldita invernada entre los hielos me dejó como ves... Se gana buen dinero en esas expediciones, pero a la larga... pesa...

GUNNA.—¿Y hablaste mucho con Toggi?...

CRISTIAN.—Sí..., un buen rato. Merendamos juntos en el puerto. Siempre hay que contarse algo...

GUNNA.—¿Nadie le había dicho nada? ¿No había allí nadie que supiera...?

CRISTIAN.—Creo que no... Yo no he sabido nada hasta que el padre de Toggi me lo contó esta mañana... Yo

ni sabía que tu hermana y tú estuvierais en Reykyavik.

GUNNA.—Sí, nos vinimos aquí... Con el dinero que Magnus nos había dejado... y nuestro trabajo.. Paula y yo bordamos... Aquí se paga bien el trabajo... ¿Está bueno el café?

CRISTIAN.—Excelente.

GUNNA.—¿Quieres pan y manteca?

CRISTIAN.—Bueno. Me han dicho que coma mucho... Apetito no falta... La verdad... Al verme no me conociste...

GUNNA.—Sí..., sí te conocí; no estás tan cambiado...; pero al verte...

CRISTIAN.—Te dió vergüenza, ¡pobre Gunna! Después de todo no eres la primera a quien sucede una cosa así. . Claro que Toggi, cuando sepa .. Pero la vida de mar es lo que tiene... Ya sabe uno a lo que se expone... Toggi perdonará... No será el primero... Son los casados y perdonan... Figúrate que en vez de ser tú hubiera sido tu hermana la que...

GUNNA.—¿Qué dices?... Paula no...

CRISTIAN.—Fué aquel noruego, ¿verdad?, que venía también con la expedición y se quedó aquí enfermo... y luego viajó por todo el país .. Yo le conocía mucho. El te conoció aquí también... cuando vinisteis tú y tu hermana a despedir a Magnus y a Toggi, que embarcaron aquí... Era simpático... ¿Te gustó, verdad? No des otra razón, que ésa es la buena... Los hombres creemos que las mujeres son de otra hechura que nosotros. Nosotros vamos por el mundo..., nos gusta una mujer, y no pensamos ni en la novia ni en la mujer que quedó en casa... Claro es que nosotros no traemos a casa lo que nace.

GUNNA.—Sí, para vosotros no hay dolor ni vergüenza.

CRISTIAN.—Así es el mundo... Ahora, yo que Toggi, perdonaría, y Toggi perdonará y... se casará contigo, Gunna... Y si yo te dijese...

GUNNA.—¿Qué?

CRISTIAN.—Tengo yo un corazón que no me engaña nunca... Ya ves que nadie me ha dicho nada, ni yo he hablado de esto con nadie más que con el padre de Tog-

gi, y ahora, contigo; pero vamos..., que te estoy mirando y que...

GUNNA.—¿Qué?... ¿Qué me miras? ¿Qué quieres leer en mis ojos?...

CRISTIAN.—Que yo creo en ti, Gunna, que yo creo en ti..., que eres muy buena...

GUNNA.—No...

CRISTIAN.—Sí, Gunna, sí... Será que como ya me voy pronto de este mundo...

GUNNA.—No digas eso...

CRISTIAN.—Sí..., sí..., ya soy como un espíritu que puede ver lo que no vemos en vida...

GUNNA.—¿Pero qué puedes ver?...

CRISTIAN.—Que no has sido tú, Gunna, que no has sido tú... Que yo creo en ti..., que eres muy buena...

GUNNA.—¡Calla!...

CRISTIAN.—¿Lo ves? Ojalá Toggi no creyera en ti ahora.

GUNNA.—¿Por qué dices eso?

CRISTIAN.—Para ser yo solo a creer en ti... Es tan bueno poder mirar a los demás desde arriba y saber lo que ellos no saben... y creer en lo que ellos no creen... Tú dirás que es quererte mal...; pero me gustaría ser yo solo..., yo solo a creer en ti... y yo solo a quererte... ¿No te ofendes?

GUNNA.—No, Cristián...

CRISTIAN.—Pues ya lo sabes... *(Quedan en silencio.)*

ESCENA V

Dichos, Paula y *Magnus.*

PAULA.—¡Gunna, hermana!... Ya están aquí... Ya llegaron...

GUNNA.—¿Cómo estás?...

MAGNUS.—Bien hemos venido todos... ¿Y tú?... No voy a decirte nada... Después de todo..., no soy yo quien puede pedir cuentas... Allá Toggi... Solo siento que haya sido en mi casa..., viviendo con tu hermana... De eso es mía la culpa. Cuando uno se casa debe vivir solo con su mujer... Nada de responsabilidades...

PAULA.—No estamos solos...

MAGNUS.—Cristián es un buen amigo...

PAULA.—¿Querrás tomar algo? Vendrás cansado de salazones y conservas...

MAGNUS.—Figúrate... Nunca he pasado tanto. Esa invernada del Spiztberg... Bien han pagado..., pero mucho se pasa... Quiero lavarme y vestirme antes... ¿Dónde voy? No parece mala la casa...

PAULA.—¿Te gusta? Aquí tenemos nuestra alcoba... Aquí puedes lavarte...; te traeré agua caliente...

MAGNUS.—Paula..., tienes cara de tristeza... ¡Tu hermana!... Ya sé lo que habrás pasado... Veremos con Toggi... Sus padres se le llevaron...; ya le dirán... Buen muchacho Toggi... Mucho le quería yo antes...; pero ha sido tan buen camarada... No encontrarás otro como él... ¡Lástima! Y tú no pudiste prevenir ni evitar...

PAULA.—¿Vas a reñirme a mí también?... Yo tenía confianza en ella...

MAGNUS.—Sí..., todos teníamos confianza en ella...

PAULA.—Voy a prepararte la ropa...

MAGNUS.—Sí..., vamos..., vamos... *(Entran en la alcoba.)*

CRISTIAN.—¿Y tú callas?...

GUNNA.—¿Qué he de hacer? Es mi hermana...

CRISTIAN.—Tu honra vale tanto como la suya...

GUNNA.—Pero Toggi puede saber la verdad... Magnus no puede saberla... Es su marido..., y calla, calla..., puede oír... Tengo miedo, mucho miedo..., y júrame que tú no dirás nada a nadie... de lo que te dijo tu corazón..., y que yo te agradezco... *(Sale Paula.)*

PAULA.—Los padres de Toggi lo habrán dicho ya todo... Yo apenas pude hablar con él..., por hablar con Magnus...

CRISTIAN.—Yo me despido... Ahora nos veremos con frecuencia. Yo me quedo todo el invierno en Reykyavik...; necesito cuidarme... Menos mal que hay algún dinerillo... Pero si al verano no puedo salir a la mar...

PAULA.—Cuídate mucho...

CRISTIAN.—Menos mal que no tengo a nadie en el mundo...; lo que sea será de mí solo... Hasta la vista, Gunna... Adiós, Paula... *(Sale.)*

PAULA.—Mal está el pobre... Voy con Magnus...

GUNNA.—¿Qué dijo Toggi?

PAULA.—No sé...; no sé todavía... Ya vendrán sus padres..., cuando hayan hablado con él...

GUNNA.—¿Sólo sus padres?...

PAULA.—También él vendrá...; sí, estoy segura...

GUNNA.—No; ahora no estás segura..., ahora lo comprendes...

PAULA.—¿No ves que no puedo más?... ¿No ves cómo sufro?

GUNNA.—¿Tú sola?

PAULA.—Eso sí, tú también... Pero tú puedes dejar de sufrir cuando quieras; sólo con decir la verdad..., yo no he de desmentirte...

GUNNA.—Calla, calla. Ya no estamos solas... Ya ni entre nosotras cabe la verdad... Piensa lo que sería la verdad... Vé con Magnus; yo pondré la mesa... *(Gunna empieza a poner la mesa. Entran Juana y Sigurd.)*

ESCENA VI

Gunna, Juana y *Sigurd.*

JUANA.—Aquí nos tienes.

GUNNA.—¿Qué dice Toggi?

JUANA.—No estés triste... Ya lo sabe todo...

GUNNA.—Cuidado.

JUANA.—Ya... al principio no le pareció bien. Dice... que aunque fuera por tu hermana...

GUNNA.—¡Silencio!...

JUANA.—No debías haber hecho lo que has hecho.

GUNNA.—¿Eso dice?...

JUANA.—Pero después se ha convencido...

GUNNA.—¿Sin dudar de mí?

JUANA.—Eso no...

GUNNA.—¡Ah!...

JUANA.—Ahora vendrá...

GUNNA.—¿Vendrá?

JUANA.—Sí..., fué a vestirse... Viene muy bueno... y contento, con ilusión de verte... Lloraba como un chiquillo... Es muy bueno mi Toggi... Dice que él será el padre de esa criatura...

GUNNA.—Mi Toggi... Lloro de alegría...; ahora sí, es de alegría... Ya lo sabía yo que Toggi había de ayudarme en mi buena obra...; que no podía parecerle mal... Ya estoy alegre... *(Entran Paula y Magnus.)*

ESCENA VII

Dichos y *Paula* y *Magnus*. Luego *Toggi*.

MAGNUS.—¡Ah, la casa!... ¡Qué buena es la casa de uno..., y cómo se aprecia cuando ha creído uno no volver a ella!...

SIGURD.—Muchos trabajos...

MAGNUS.—No faltaron...

SIGURD.—La invernada es dura entre los hielos... Y Toggi, ¿se ha portado bien?...

MAGNUS.—Como un hombre. Es un buen camarada... Yo le quiero. El lo sabe... ¡La pena que yo tengo!.. ¿Qué dice?...

SIGURD.—Ahora vendrá...

MAGNUS.—Entonces..., ¿ha perdonado?

SIGURD.—Sí.

MAGNUS.—Ya lo oyes... Con la vida no le pagas ahora...

PAULA.—Vamos a comer...

MAGNUS.—Espera... ¿No ha de venir Toggi?

JUANA.—Dijo que vendría en seguida.

MAGNUS.—Entonces comeremos juntos...; vosotros también... En familia. Supongo que habrá para todos.

PAULA.—Eso sí... Hoy es fiesta grande...

MAGNUS.—Entonces, quedamos en ello... Coméis con nosotros...

SIGURD.—Muy bien. Hay que hablar de tantas cosas después de tanto tiempo... Ya está ahí Toggi..., Gunna. *(Entra Toggi. Abraza a Gunna y la besa.)*

GUNNA.—¡Toggi..., Toggi de mi alma!..

TOGGI.—No digas nada...; ya sé, ya sé...

GUNNA.—¿Y me perdonas?...

TOGGI.—Con toda mi alma... Paula.., no te había saludado; ¿cómo estás?

PAULA.—Ya lo ves.., Toggi... Por mi hermana y por mí, muchas gracias...

MAGNUS.—Bueno. Ya no se hable de nada triste... ¿Habrá un buen jarro de cerveza?...

PAULA.—Trae la cerveza, Gunna. *(Sale Gunna y vuelve después con un gran jarro de cerveza.)*

MAGNUS.—Beberemos para abrir el apetito y en seguida a la mesa... ¡La mesa de uno..., la casa de uno!... ¡Bien ganadas están!... Sigurd..., Toggi..., ¡salud!...

TOGGI.—¡Salud!...

SIGURD.—¡Salud!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

Paula, Gunna, Juana y *Cristián.*

JUANA.—*(Viendo unos bordados.)* Preciosos bordados... Sois habilidosas.

PAULA.—Aprendimos de nuestra madre...

JUANA.—Yo también bordaba en mis tiempos... Ahora los ojos no me lo permiten... Lo siento, porque siempre ayuda a vivir... ¿Los vendéis bien?

PAULA.—Sí..., los vendemos por nuestra cuenta... Ahora voy con éstos al Centro de Turistas. Hoy llega un barco..., el último que pasará para el Spiztberg. Ya pronto tendremos el mal tiempo... Hasta ahora... Magnus sale en seguida. Cristián: ya sabe que le esperas...

CRISTIAN.—Sí...

PAULA.—Ya veo que estás mejor...

CRISTIAN.—Lo parece...

PAULA.—No sabes cuánto me alegro.

CRISTIAN.—Gracias, Paula. Yo tampoco quisiera que a ti te pasara nada malo...

PAULA.—¿Por qué dices eso?...

CRISTIAN.—Por nada, Paula... No me mires, que aunque yo supiera algo..., por mí...

PAULA.—Ya lo sé, Cristián, ya lo sé... *(Sale.)*

GUNNA.—Tengo miedo, Cristián, tengo miedo .. Y tú también temes algo...; algo has oído...

CRISTIAN.—Oír... no...; pero tened cuidado..., mucho cuidado...

GUNNA.—Magnus te ha dicho algo...

CRISTIAN.—No, no dice nada...; pero tened cuidado...

JUANA.—Después de todo..., sería merecido... No hay razón para que nadie cargue con culpas ajenas.

GUNNA.—¡Por Dios, Juana!...

JUANA.—¡Más callada que yo!... No dirás...

GUNNA.—Cristián, pues no has de salir a la mar..., no seas aprensivo..., ¡si estás muy bueno!...

ESCENA II

Dichos y Magnus.

MAGNUS.—¡Hola, Cristián!...

CRISTIAN.—¡Hola, Magnus!...

MAGNUS.—¿Salió Paula?

GUNNA.—Sí, ahora mismo. ¿Querías algo?

MAGNUS.—El muchacho se ha despertado. Vé tú a ver...

GUNNA.—No llora; pero voy... *(Sale.)*

MAGNUS.—¿Has hablado con Toggi?

CRISTIAN.—Sí, ya me ha dicho...

MAGNUS.—Es ridículo...; que no vuelve a embarcarse... Un hombre de mar decir eso... ¿Quién no sabe nuestra canción?:

A la mar me vuelvo, madre;
no puedo vivir en tierra;
el que una vez fué a la mar
tiene que morir en ella...

CRISTIAN.—En la tierra o en la mar... hay que morir.

MAGNUS.—¿Quién piensa en la muerte?... Tú serás de los nuestros...

CRISTIAN.—Si paso el invierno...

MAGNUS.—El invierno... y muchos años de vida...

No tienes nada... Pero Toggi..., vamos..., ahora que podíamos trabajar por nuestra cuenta... en un barco nuestro..., sin patrón, sin amo...

JUANA.—Toggi te ha dado sus razones..., Magnus... Le ofrecen una buena colocación aquí en Reykyavik.

MAGNUS.—Negocios de mostrador... ¿Creerá él que puede acostumbrarse?... Hoy le hablaré por última vez de eso... y de otras cosas... *(Vuelve Gunna.)*

GUNNA.—No se mueve... ¡Angel mío!

MAGNUS.—Sí que es guapo el muchacho... Diablo de criaturas, cómo se le agarran a uno al corazón sin sentir... Cuidado que yo... al llegar no quería ni saber de él..., ni hubiera querido verle. . Tú lo sabes, Gunna... Nunca me gustaron los chicos...; estaba muy contento con no tenerlos. En mi casa fuimos ocho y mis padres pasaron tanto para criarnos ... y después... cada uno por su lado...: unos, que se mueren allá lejos, en el Sur...; otros, que se embarcan y no vuelven nunca ni se sabe más de ellos ..; y las mujeres, unas mal casadas, que vuelven con los padres... a contar desdichas...; otras, que se casan bien y no vuelven a acordarse de sus padres... Eso son los hijos... Y ahora que estaba yo muy conforme con no tenerlos. . me encuentro con uno...; porque éste ya es nuestro ..., mío y de Paula... ¿No es verdad, Gunna?... El muchacho se queda con nosotros... ¿Qué dices tú?... ¿No has hablado con tu hermana?

GUNNA.—Sí..., ya hemos hablado...

MAGNUS.—Toggi no tendrá mucho interés en llevárselo. Nunca es un buen recuerdo...

GUNNA.—Ya hablaremos. Magnus, ya hablaremos... No me atormentes...

MAGNUS.—Sí es que .. la verdad..., le he tomado mucho cariño... Y Paula también, sí...; no lo dice, sin duda porque teme que a mí me parezca mal..., como un reproche porque nosotros no hemos tenido hijos...; pero yo lo veo..., lo veo... La he sorprendido muchas veces mirándole embelesada... Yo creo que le quiere más que tú..., Gunna.

GUNNA.—Eso no... Más que yo no puede quererle..

MAGNUS.—Eso debe ser... Más que tú, nadie .. Más

que su madre, nadie. No estaría bien que nadie le quisiera más que tú...

GUNNA.—No sé cómo puedes pensarlo... Pues si por por Paula hubiera sido...

MAGNUS,—¿Qué?...

GUNNA.—Hubiera tenido que abandonarle...

MAGNUS.—¿Abandonarle? No, eso no... No hubiera estado bien... Abandonarle, no... ¿Pero dices que Paula...?

GUNNA.—Sí...

MAGNUS.—Ya ves..., ahora es ella la que no quiere separarse del muchacho...

GUNNA.—Ni ella ni tú...; ya lo has dicho antes...

MAGNUS.—Eso sí; ni ella ni yo queremos separarnos de él...; si tú quieres...

GUNNA.—¿Es que te parece mal que yo no quiera dejarle con vosotros?...

MAGNUS.—No...; tú... ¿Qué has de hacer tú?

JUANA.—No mortifiques a Guna, Magnus... Ella de ninguna manera querrá separarse de su hijo, aunque no sea separarse para no verle nunca.... eso no... Es Toggi..., nuestro hijo, el que ha puesto esa condición; por eso Gunna aún no se decide a casarse con él... Nosotros, por nuestra parte, ¿qué podemos decir?... No es asunto que nosotros podamos resolver.

MAGNUS.—¡Claro está!... El chico debe quedarse con nosotros... Es lo mejor...

GUNNA.—Aún he de pensarlo.. ¿Qué me miras?...

MAGNUS.—Nada, Gunna, nada... Vamos, Cristián..., vamos a hablar con Toggi...; veremos si se convence...

CRISTIAN.—Cuando quieras. Adiós, Juana; adiós, Gunna...

GUNNA.—Dices bien...; algo sospecha .., tengo miedo...

CRISTIAN.—Sí, tened cuidado...

GUNNA.—Adiós, Cristián, adiós... *(Salen Magnus y Cristián.)*

ESCENA III

Gunna y Juana.

GUNNA.—Magnus sospecha... ¿Has visto cómo nos miraba? ¡Pobre hermana mía!... ¡De nada habrá servido mi sacrificio!...

JUANA.—¿Cómo no sospechar? Paula está siempre triste...; la tristeza que da el pecado... Tú, aunque la gente, Magnus el primero, te crean culpable..., no puedes estar triste, tienes tu conciencia tranquila... y las mismas amarguras que has padecido... dan más valor a lo que has hecho por tu hermana... No hay más que miraros a las dos a la cara para comprender quién es la que tiene por qué avergonzarse... Magnus habrá observado..., y a poco que sospeche...

GUNNA.—No, no... Yo le diré a Magnus que de ningún modo consentiré en separarme de esa criatura... Toggi fingirá que se opone...; al fin, cederá...; pero es preciso que Magnus vea que soy yo..., yo, quien no puede vivir sin su hijo... Es preciso que si ha sospechado algo no pueda dudar... Para mi hermana sería horrible; pero aún sería más horrible para el pobre Magnus..., que la quiere con toda su alma. Nunca vi a un hombre tan enamorado... Yo envidiaba a mi hermana cuando Magnus la pretendía... Y apenas hablaba; nunca fué Magnus de muchas palabras...; pero venía a nuestra casa, y mientras nosotras atendíamos a nuestros quehaceres, él se sentaba, callado, muy callado, sin dejar de mirar a Paula, siguiéndola con los ojos..., que de tanto mirar y de tanto querer se llenaban de lágrimas... En aquellas miradas aprendí yo lo que es lealtad y lo que es honradez en un corazón de hombre... Porque Toggi era honrado y noble como Magnus, le quise...; porque también sabía mirar así en silencio y también sus ojos se llenaban de lágrimas... Esas lágrimas buenas que no engañan como las palabras... Y si Magnus supiera que su Paula le había hecho traición, no perdonaría nunca... Le conozco bien... El, que no es capaz de traiciones, no puede perdonarlas...

JUANA.—Comprende que tu hermana no merece per-

dón... Un hombre como su marido... ¿Qué puede disculparla?... Ni la pobreza, ni el abandono... Paula ha sido infame, muy infame...

GUNNA.—Si no la disculpo; la compadezco..., porque sufre mucho... Y si fuera posible castigar al culpable sin castigar al que no tiene culpa y sería al fin el más desdichado...

ESCENA IV

Dichas, Magnus y Cristián.

MAGNUS.—Déjame, Cristián, déjame. Si no vuelvo...

CRISTIAN.—No te dejo...; no faltaría más...; dos amigos como vosotros. Vamos, entra, siéntate.

GUNNA.—¿Qué ha ocurrido?... Traéis una cara... ¿Qué ha sido, Magnus?

MAGNUS.—Nada, nada...

CRISTIAN.—Que Magnus y Toggi empezaron a discutir..., ya sabes, de la compra del barco... Toggi no está conforme. No quiere salir a la mar... Magnus quiso convencerle... Toggi se puso serio... Nada..., yo me he traído a Magnus... Toggi se ha quedado con su padre...

JUANA.—No tienes razón para enfadarte, Magnus. Si supieras que era por tratarse de ti por lo que Toggi se negaba... Pero antes de que tú le hablaras del asunto del barco, ya tenía él su colocación apalabrada...

MAGNUS.—Pretextos. Yo contaba con él..., con su padre, con Cristián. Todos juntos hubiéramos hecho un buen negocio este año, trabajando por nuestra cuenta en un barco nuestro; siempre hemos trabajado para otros. Está bien; ya verá lo que es el mostrador y con un amo... Lo prefiere a venir conmigo... Ya sabe que yo solo no podía comprometerme a comprar el barco. Podría encontrar quien me ayudara, ya me han hablado; pero toda mi ilusión era que fuéramos nosotros, como hermanos... Pero Toggi parece que quiere desentenderse de nosotros, como si nosotros tuviéramos la culpa de nada. Yo no digo que Paula no debiera haber vigilado mejor a su hermana; pero Gunna no era una criatura...

Sobre todo, si a ella la ha perdonado, ¿por qué no perdona a Paula? No puede oír hablar de ella: la odia...

GUNNA.—No; tú lo piensas...

MAGNUS.—Sí; la odia..., la odia, y yo creo que a mí también. Sólo desea casarse pronto contigo para separarte de tu hermana..., de todos...

GUNNA.—No; de mi hijo no me separará.

MAGNUS.—¡Tu hijo, tu hijo!... Ese tiene la culpa de todo...; por ése...

GUNNA.—¡Ten lástima de mí!...

MAGNUS.—¡De ti, sólo de ti!... ¿Tú crees que eres tú sola la que sufres?... Sufrimos todos..., y de no saber si es por ti, yo más que todos, más que todos...; no lo sabes bien, Gunna, no lo sabes...

GUNNA.—Pero ¿qué tienes? ¿Qué es eso, Magnus?... ¿Estás loco?

MAGNUS.—Sí, sí lo estoy...; desesperado, loco...; sí lo estoy...

GUNNA.—Pero Magnus, ¿y es por mí?...

MAGNUS.—Déjame, déjame...

GUNNA.—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

ESCENA V

Dichos, Sigurd y Toggi.

SIGURD.—Vamos, entra... Esto no puede ser... Magnus..., aquí te traigo a mi hijo... Habéis de daros la mano. No faltaría otra cosa. Perdónale si en algo te ha ofendido..., por más que no creo que tengas nada que perdonarle. Tú has sido quien le has dicho a él cosas... Bien está... No se hable más... Daos la mano.

MAGNUS.—Por mí...

TOGGI.—No has tenido razón, Magnus...

MAGNUS.—Bien puede ser. Perdona... Sentaos.. Tráenos ginebra...

JUANA.—Pero ¿tan serio había sido el disgusto?

CRISTIAN.—Mal ha hecho su padre en traer a Toggi...; no sé por qué..., pero creo que ha hecho mal en traerle...

GUNNA.—La ginebra. No bebáis mucho...

MAGNUS.—No, mujer...; ven, Cristián: siéntate con nosotros.

CRISTIAN.—Voy... No; yo no bebo...

MAGNUS.—Vamos, una copita; éste fortalece... Ya empiezan los días tristes...; dentro de nada ya será noche..., noche siempre... Triste fué la invernada pasada, entre los hielos...; pero ésta en la ciudad será más triste... Yo que volvía tan ilusionado... En la primavera pensaba que saliéramos a la mar..., en nuestro barco..., nuestro barco... Tú no quieres...

TOGGI.—Pero, Magnus..., ya sabías que en cuanto me casara no pensaba volver a la mar...; que ya tenía mi colocación...

MAGNUS.—No es verdad... Eso lo has pensado ahora...; ahora, al llegar... y saber lo que has sabido.

TOGGI.—Te digo que lo había pensado antes...

MAGNUS.—No es verdad. Mientes, Toggi, mientes...; eres un embustero...

SIGURD.—¡Magnus!..., no digas eso.

TOGGI.—Vámonos, padre; vámonos...

GUNNA.—¿Qué le sucede a Magnus? Nunca ha hablado con esa violencia.

MAGNUS.—No, no te vas; no te vas sin que yo te diga que eres un embustero..., que faltas a tu palabra...; tú habías quedado conmigo en volver a la mar este año por nuestra cuenta... Hablamos de esto muchas veces..., allá en el Spitzberg... No quieres acordarte... Tú estabas más ilusionado que yo... Claro que entonces no sabías lo que has sabido luego. Ahora, claro está, ya que lo has perdonado todo, ya que pasas por todo, no quieres que vuelva a sucederte...

TOGGI.—¡Calla, calla!...

GUNNA.—¡Por Dios, Magnus!...

SIGURD.—Vámonos, Toggi, vámonos...

GUNNA.—Vé, Toggi, vé con tu padre.

TOGGI.—No; ahora, no...

MAGNUS.—Si no quieres que vuelva a sucederte..., haces bien: no te separes de tu mujer...; ya sabes lo que pasa cuando deja uno a su mujer... Pero a ti no debe importarte: con volver a perdonar... Cuando se tiene tu conformidad, ¿qué puede importarle a uno nada?...

TOGGI.—¡Magnus!... Dile que calle, Gunna; dile que calle...

MAGNUS.—No callo, no... ¿A ti qué puede importarte? Tú lo perdonas todo... Como has perdonado ahora, volverías a perdonar...; tú eres así: no te importa que se burlen de ti los hombres ni las mujeres... Ya sabes que todos se ríen de ti..., ¡yo, el primero...; yo, el primero!...

TOGGI.—No...; tú no te ríes de mí, ni nadie..., ni yo tengo que perdonar..., ni perdonaría nunca, si a mí me hubiera sucedido lo que a ti..., a ti..., ¿lo entiendes?.. A ti...

MAGNUS.—¿Eh?

GUNNA.—¡Oh, calla, calla!...

TOGGI.—¡No; basta ya!... Ni de ti ni de mí es justo que nadie se burle...; no se burlará nadie... ¿Lo has entendido, Magnus? No soy yo quien tiene que perdonar... Mira tú lo que debes hacer...

GUNNA.—¡Toggi, Toggi!...

MAGNUS.—¡Ah, por fin, por fin la verdad! Eso es lo que yo quería: exasperarte para que tú me escupieras la verdad a la cara... La verdad que yo sospechaba..., la verdad que yo no podía saber y que sabíais todos... Yo la sé también... La verdad, la verdad...

GUNNA.—No, Magnus... Toggi miente, ha mentido...

MAGNUS.—No, no... Tú sí que mientes ahora y has mentido antes...; pero yo no sé si has hecho bien o has hecho mal, Gunna...; yo sé que te he ofendido, que te he atormentado... y que tú callabas, callabas... Perdóname, perdóname...; tú sabes que yo la quería, tú lo sabes... La quería tanto, que así, de pronto, me parece que todavía la quiero... Es como cuando ve uno morir a una persona querida: así, al pronto, le parece a uno que no siente todo lo que debía sentir...; luego es cuando comprendemos que se ha ido para siempre, y entonces sí, entonces sí...: es la tristeza de haberla perdido. Yo aún no puedo creer... Antes de saber la verdad, la sentía yo en mi corazón, la sentía, y ahora que la sé..., ahora es el corazón el que se resiste a saberla...

GUNNA.—¿No la sabes?...

MAGNUS.—No, Gunna. ¡Basta ya, basta!... Ya sabía yo cómo había de encontrar la verdad...

TOGGI.—Nunca hubiera querido que por mí la supieras...

ESCENA VI

Dichos y *Paula.*

GUNNA.—¡Ah, Paula! ¡No, no entres, espera!...

PAULA.—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

GUNNA.—No preguntes, calla... Lo sabe...

PAULA.—¿Tú se lo has dicho?

GUNNA.—¿Qué piensas? ¿Yo? ¿Decírselo yo? ¿Lo ves, Toggi? Era yo la única que tenía derecho a decírselo, a defender mi honra... Paula no ha podido pensar que nadie más que yo pudiera haberlo dicho..., y yo he callado..., tú lo sabes..., yo he callado...

PAULA.—¿No has sido tú?...

MAGNUS.—¿Qué importa que Gunna...? La verdad habla por sí sola. Yo la sabía, la pensaba antes de que nadie me lo dijera...

PAULA.—¡Magnus!...

MAGNUS.—No te acerques, no te acerques..., que no quiero ser yo quien te castigue... Mira: todos los que están aquí nos conocen de toda nuestra vida... Juana y Sigurd... ya conocían a nuestros padres... Gunna es nuestra hermana... Toggi nuestro hermano... Cristián se ha criado entre nosotros... Todos saben qué hombre soy yo..., deben saberlo mejor que yo mismo, yo no lo sé ya...; tú me has hecho dudar..., debo ser muy malo..., debo haber sido muy malo... Decidlo vosotros..., vosotros que lo sabréis mejor que yo... Si hay uno solo, uno solo que me diga... has merecido que esta mujer te engañe y te desprecie y te haya hecho traición con cualquiera, con uno, uno... Si hay uno solo de vosotros que lo crea, decidlo..., y la perdono. Te aseguro que te perdono... Soy muy justo: si lo he merecido todo, todo te lo perdonaré. Ya lo ves. No soy yo, son ellos los que van a juzgarte... ¿Qué decís?... ¡Ah!...

PAULA.—No tengo disculpa; no merezco perdón, lo

sé, Magnus; mátame, golpéame..., échame de tu casa. Haz de mí lo que quieras...

MAGNUS.—No..., esta casa no es mía, no es la casa en que nos conocimos, en la que hemos vivido siempre. Quédate aquí con él..., con tu hijo..., tuyo..., tuyo... Aquí todo es tuyo..., sólo tuyo... Al decir que es tuyo tu hijo, sólo tuyo, ¿qué puedo decir que hay aquí nuestro?... Adiós, Gunna... Sacrificaste por ella lo que más vale para una mujer..., tu honra...; has soportado mis crueldades, sí..., todo por ella...

GUNNA.—También por ti, Magnus... Si no hubieras sabido nunca, hubieras podido ser dichoso...

MAGNUS.—¡Si no hubiera sabido nunca!... Es verdad..., lo que no se sabe... es como si no fuera... ¡Si no hubiera sabido nunca!...

GUNNA.—¿Y no perdonarás?... Mira su dolor..., su arrepentimiento...

MAGNUS.—¿Perdonar?... No hables de perdonar... Ya es perdonarla pensar que ha muerto, que no he de verla más..., que no he de verla nunca..., nunca.

GUNNA.—¿Y qué será de ti?...

MAGNUS.—Allá está el mar y sus trabajos...; allí está la vida de uno, y allí está, al fin, la muerte. Adiós, Gunna.

GUNNA.—Sigurd, Cristián..., no le dejéis..., no le dejéis...

PAULA.—¡Dios mío!... *(Cae desmayada.)*

GUNNA.—Tú no, Toggi..., tú no vayas. Juana, llévate a Paula, cuida de ella... Tú conmigo, Toggi... Soy yo quien tiene que hablar contigo...

TOGGI.—¿Qué vas a decirme? ¿Qué he hecho mal? Ha sido por ti...

GUNNA.—¿Por mí? ¿Por defender mi honra vas a decirme? No; ha sido por ti, por ti, por defender la tuya, que era para ti... lo que los demás pensaban de mí y de ti, no lo que tú sabías y debiera haberte bastado...; otra es vuestra honra, la honra de los hombres... Cuando se trata de la honra ajena, no sois capaces de resistir una tentación..., no respetáis ni a la mujer del amigo..., ni a la hermana..., ni a los hijos... Y después, con decir... ella quiso..., ella tuvo la culpa..., está vuestra concien-

cia tranquila... Pero cuando las mujeres ponemos nuestra honra..., la verdad de nuestra honra..., en sospechas y murmuraciones, entonces ya no perdemos nada..., ni la culpa..., ni la acción generosa ofende vuestro amor propio... Ya lo ves... Yo, una pobre mujer..., por reparar una culpa que no era mía, por evitar el dolor y la ruina que había de caer sobre esta casa, sacrifiqué..., tú sabes lo que sacrificaba; hasta tu cariño hubiera sacrificado... Yo he soportado las palabras más duras de Magnus, su desprecio..., y callaba, callaba; me bastaba con mi conciencia... Y tú no has podido callar..., no has sido capaz de ayudarme en mi sacrificio... Ya no puedo estimarte, Toggi... No..., ya no puedo estimarte... Mira lo que has hecho...

TOGGI.—Perdóname, Gunna, perdóname... Te juro que sólo pensaba en ti, que ha sido por ti...

GUNNA.—No, no..., por mí hubieras callado... Sabías que yo estaba orgullosa de mi sacrificio, más orgullosa porque creía que tú lo estimabas y conmigo compartías mis amarguras... Y ahora no..., ahora tu corazón se ha ido para siempre...

TOGGI.—No es verdad, no es verdad...; perdóname, perdóname...

GUNNA.—¡Calla, calla!... Si yo sé que podría perdonar; pero perdonar sería como tú..., porque nunca podría olvidar, porque nunca volvería a estimarte..., porque me acordaría siempre... ¡Déjame, déjame!... Ahora mi deber está aquí, junto a toda esa desdicha... ¡Ah! Los hombres..., cuando os creéis ofendidos, no sabéis más que destruir...; a nosotras, pobres mujeres, nos toca reparar nuestras culpas, que nunca son sólo nuestras. Hice mal en contar contigo... Si al fin había de perderte, nunca debiste saber la verdad..., ya que no te ha bastado creer en mí... ¡Déjame, Toggi, déjame!... Allí está mi hermana...; su hijo, mío también, engendrado en el dolor de mi alma... ¡Hermana, hermana mía!...

TOGGI.—¡No, Gunna, no...; no me dejes!...

GUNNA.—Mi honra era una, otra la tuya..., la honra de los hombres... Quisiste separarlas, nos separamos para siempre... ¡Hermana, hermana mía!...

TELÓN